

Guerreros contrasubversivos: historia temprana de los comandos del Perú

Lourdes Cecilia Hurtado Meza

 <https://orcid.org/0009-0004-4252-0319>

Franklin College, Estados Unidos

lhurtado@franklincollege.edu

RESUMEN

Este artículo examina la historia temprana de los rangers peruanos, los comandos, a inicios de la década de 1960. El artículo sugiere que la fundación de la Escuela de Comandos creó una nueva forma de ser militar, más agresiva y vistosa, que otorgaba énfasis en el poder físico del cuerpo masculino y la aniquilación del enemigo en defensa de la patria. Aunque este nuevo paradigma militar se esparció en las FF. AA. durante las décadas de los sesenta y setenta, sus características más letales estuvieron contenidas porque el Perú vivía en una situación de paz. Sin embargo, el conflicto armado interno que azotó al Perú entre 1980 y 2000, en el que las fuerzas regulares del Estado Peruano se enfrentaron contra un enemigo irregular, creó las condiciones para la dispersión de las prácticas de violencia asociadas con las fuerzas especiales, generando así un fenómeno que he denominado la «comandización» del ejército. Durante la guerra interna, miles de jóvenes que estaban cumpliendo el servicio militar obligatorio fueron expuestos a los componentes más violentos de esa cultura militar que había empezado a gestarse en la década de 1960.

Palabras clave: *Ejército, Comandos, Masculinidad, Fuerzas Especiales, Pachacútec*



ANTHROPOLOGICA/AÑO XLIII, N° 54, 2025, pp. 367-407

Recibido: 24/10/2023. Aceptado: 21/03/2025.

<https://doi.org/10.18800/anthropologica.202501.013>

Counterinsurgent Warriors: The Early History of the Peruvian Commandos

ABSTRACT

This article examines the early history of the Peruvian rangers, the commandos, at the beginning of the 1960s. I suggest that the foundation of the School of Commandos shaped a new way of being a military man in Peru, which was more aggressive, performative, and with an emphasis on the destruction of the enemy to defend the motherland. Although this new paradigm of being a soldier was spread to the rest of the armed forces in the 1960s and 1970s, its most lethal features were contained because Peru lived in a situation of peace. However, the internal conflict that Peru experienced between 1980 and 2000 facilitated the spread of violent practices associated with the Special Forces. The war originated a phenomenon that I have called the «commandization» of the Peruvian army. During the internal conflict, thousands of drafted men were exposed to the most lethal aspects of a military culture that had been taking shape since the 1960s.

Keywords: Army, Commandos, Masculinity, Special Forces, Pachacute

INTRODUCCIÓN

En diciembre de 1982, el periodista Gustavo Gorriti y su equipo de reporteros de la revista *Caretas* se desplazaron hasta la DAT (División Aerotransportada, hoy Brigada de Fuerzas Especiales) para hacer un reportaje sobre la nueva promoción que se graduaba de la Escuela de Comandos del Ejército (ECE) (Gorriti, 2012). El reportaje, que salió publicado en enero de 1983, presentaba una de las raras descripciones del entrenamiento de los comandos aparecidos en la prensa civil. Gorriti enfatizaba la preparación física extrema de los comandos, quienes tenían que correr entre 25 y 40 kilómetros diarios (1983, p. 26). También hacía referencia a dos pruebas extremadamente peligrosas: la «araña», en la que los comandos tenían que lanzarse desde una altura de cuatro metros sobre una red de cuerdas, y el «salto del tigre», en que los comandos tenían que saltar sobre las cuerdas atadas entre dos barras paralelas. En ambas pruebas no solo se necesitaba fortaleza física sino también era necesario «vencer las reacciones naturales [de miedo] para no lesionarse gravemente, al caer sobre redes de soga, si se encoge en el cuerpo, se pasará a través de la red» (Gorriti, 1983, p. 27). Gorriti había sido testigo del temple físico de los comandos pues uno de los aspirantes que estaba participando en la «Misión Cáceres» había hecho casi toda la marcha «con las plantas de los pies virtualmente desolladas —ayudado por sus compañeros y sin retrasar los planes—». Luego, al recuperarse, había proseguido hasta Tumbes, «donde ayudó a otro con la clavícula fracturada a concluir el curso» (Gorriti, 1983, p. 27). El periodista agregaba que entre 1961 y 1982, cinco oficiales alumnos habían muerto debido a accidentes ocurridos durante el entrenamiento. Es decir un promedio de un muerto cada cuatro años.¹ Superar el miedo, someter al

¹ Desde el año 2010 hasta la fecha, varios oficiales y soldados han muerto mientras hacían los cursos de entrenamiento de la ECE. Por ejemplo, en 2010 los subtenientes George Baca Alvarez y Aldo Huamán murieron ahogados mientras realizaban prácticas de la fase anfibia

cuerpo, tolerar el dolor físico y exponerse a grandes riesgos eran características del entrenamiento de los comandos.

Pero en ese número de *Caretas* de enero de 1983 había algo inquietante. La foto que la revista había escogido para la portada era una imagen de la prueba del puñal, en la que un comando salía con un cuchillo en la mano, completamente cubierto de sangre, rostro, pecho, brazos, manos, y con la boca en actitud de rugir. En la portada se leía «Estos son los comandos del Ejército» y, a ambos lados del militar ensangrentado, en letras más pequeñas, se leía dos frases: «Factores disuasivos en las zonas del terror» y «Oficial en filudo entrenamiento». En cierta forma, esa imagen anunciaría el baño de sangre real y simbólico que los peruanos experimentaríamos durante los años del conflicto armado interno. El hecho de que el alto mando del Ejército hubiera permitido a los reporteros de *Caretas* acompañar a los comandos durante el entrenamiento del Curso Regular también podía leerse como un tipo de operación psicológica. Desde Lima, los militares compartían en una revista de circulación nacional, a través de texto e imágenes, la fortaleza, la masculinidad, el cuerpo fuerte del comando peruano, «el soldado superior», que vendría desde Lima a poner orden sobre el caos de las zonas de emergencia.

Hacia el año 2010, cuando la Escuela de Comandos cumplió sus bodas de oro, solo 1260 comandos se habían graduado exitosamente del curso regular, un promedio de 25 comandos por año.² Por el reducido número de graduados

en la playa Agua Dulce, Chorrillos. En julio de 2011, el subteniente Clifford García Coyutupa, de 26 años, murió ahogado en el río Huallaga mientras practicaba un salto en paracaídas desde un avión Antonov. En el 2011, el soldado Johnny Tejada Santisteban murió en la piscina de la ECE cuando estaba a punto de terminar el curso de Monitor Comando. Tenía 21 años. En noviembre de 2015, el subteniente de Infantería Benjamín Espinoza Rebaza murió mientras estaba haciendo la prueba de flotabilidad durante el proceso de selección en la piscina de la ECE. En setiembre de 2016, el subteniente de ingeniería Cristian Silva Sernaqué, de 21 años, murió en la zona altoandina de Tacna, mientras hacía un ejercicio de entrenamiento durante el CRC. Era una caminata a gran altura desde el cuartel Santa Rosa en Puno, que debía culminar en el cuartel de Miculla en Tacna. El oficial tuvo un infarto agudo al miocardio, tal vez provocado por el intenso esfuerzo. Este alto número de muertes en los últimos años indican el nivel de riesgo involucrado en los cursos de la ECE, y también de cierta negligencia del Ejército sobre el cuidado de la integridad física de su personal.

² Sin embargo, cuando se mira el número de graduados por año se observa que el número varía. Durante la década de los sesenta, el número de graduados por curso estaba entre 10 y 18. Durante los años del conflicto armado, el número de graduados se incrementó. Por ejemplo, 1984 fue el año pico de comandos graduados. Ese año se llevaron a cabo dos CRC, durante el primer semestre, del XXII CRC se graduaron 45 comandos, en el segundo semestre, del XXIII CRC se graduaron 47.

del CRC, parecería que los comandos son un grupo de fuerzas especiales que no habría tenido mayor influencia en la cultura militar de las Fuerzas Armadas peruanas. Sin embargo, un análisis de la trayectoria de la escuela, de sus cursos de entrenamiento y de sus estéticas permite apreciar el impacto que este centro de formación militar ha tenido en el ejército. Durante los años del conflicto armado interno, las prácticas, retórica e iconografía de la Escuela de Comandos se difundieron entre amplios sectores de la tropa, entre los jóvenes que estaban cumpliendo el servicio militar obligatorio, quienes fueron movilizados hacia las zonas de emergencia para formar parte de las unidades contrasubversivas modeladas bajo la imagen de los comandos: las compañías Lince.

La información disponible en documentos de circulación abierta permite colegir lo siguiente acerca de la ECE y el Curso Regular de Comandos (CRC). El CRC dura nueve meses, los candidatos suelen estar entre los grados de subteniente a capitán, si son oficiales, y entre sargento de segunda clase a sargento maestre si son suboficiales. Tradicionalmente, el programa ha estado dividido en tres fases: básica, técnica y práctica. Si el soldado fracasa en alguna etapa debe dejar la escuela. En la primera parte se enseña cómo lidiar con explosivos, demolición de construcciones, escalamiento de alta montaña, buceo, conducción de embarcaciones ligeras, tiro selectivo, uso de armas silenciosas, rescate de rehenes y salto en paracaídas. La segunda fase cubre operaciones especiales en casos de guerra convencional (aerotransportadas, en agua, en alta y baja montaña), así como operaciones especiales en caso de guerra no convencional (Comandos, 1998). La tercera fase es la aplicación de lo aprendido en simulaciones de escenarios de guerra, es la etapa de las «misiones». Generalmente, el CRC se dicta una vez al año. Sin embargo, en 1984 debido a la expansión del conflicto armado se dictaron dos CRC. La fase de aplicación de ambos cursos fue en zonas de emergencia, en un escenario de guerra real, en Junín y Ayacucho (Bombilla Mazuelos, 2010). El programa de formación de comandos es tan duro porque el comando «tiene que estar listo para luchar en cualquier tipo de terreno» y sentirse preparado para «las condiciones más precarias de supervivencia», así como para «liderar y ejecutar misiones tácticas que demandan alto riesgo y decisión, valentía y sagacidad» (Comandos, 1998).

En el año 2011, en una entrevista con la revista militar norteamericana *Diálogo*, el coronel José Oliva, entonces director de la Escuela de Comandos, señaló que el curso «no es para los débiles ni los timoratos». Los candidatos tienen que ser capaces de lidiar con un entrenamiento físico extremo, alimentación limitada,

pocas horas de sueño, y cumplir actividades que lidian con la tortura de sus propios cuerpos («Peru's Commando School», 2011).

Debido a la extrema dificultad del CRC, y al riesgo asociado con las misiones encomendadas, solamente unos pocos oficiales son capaces de concluirlo exitosamente cada año. En la entrevista con *Diálogo*, el coronel Oliva señalaba que «si le preguntas al personal militar del Ejército, todos quisieran ser comandos, pero no todos van a poder serlo». Por esta razón, los comandos han construido un relato glorioso en el que se representan a sí mismos como «soldados de nivel superior», «los más resistentes y los más duros combatientes», que «pertenecen a la élite de las tropas de asalto», quienes tendrán que soportar «sufrimientos, el trato duro, el aislamiento». También señalan que aunque deben respetar «la destreza del enemigo», eventualmente lo «combatirán con decisión y todo [su] poder hasta destruirlo implacablemente» (By: Bravo, 2016).

El relato del comando Alex Segura sobre su propia experiencia en el CRC brinda ciertas luces sobre el proceso de selección y entrenamiento de los comandos. Él señala que la última fase de las pruebas de ingreso es conocida como los «tres días de terror» pues los postulantes al curso no duermen, conviven con el agua, los gases, y la presión sicológica ejercida por los instructores y monitores (Segura, 2019, p. 35). Segura afirma que durante la primera fase del curso no durmió por ocho días consecutivos y que esas noches insomnes se empalmaban con las vueltas de fortalecimiento en la «pista de los duros», una pista de 600 metros de extensión donde los aspirantes a comandos daban entre 20 a 80 vueltas durante el día. Cuando tenía sueño, todo «se solucionaba con un ingreso a la poza con agua» (p. 36). Segura sostiene que pasó frío extremo hasta soportar la hipotermia, durmió en la nieve, y durante la noche saltó de aviones al mar en paracaídas. Él reconoce que el entrenamiento en la ECE le permitió conocer los límites a los que su cuerpo y su mente podían llegar, y que él se sentirá comando hasta el día de su muerte (p. 38). El relato de Segura permite apreciar cómo el convertirse en militar significa que un varón cumpla con una serie de condiciones físicas y emocionales con las que no todos los civiles cuentan. Convertirse en un comando significa para algunos militares alcanzar los atributos de un tipo de masculinidad excepcional y que es superior incluso a la de otros militares.

En su reflexión sobre el machismo latinoamericano, Norma Fuller señala que la masculinidad hegemónica es una versión de la masculinidad que se erige en norma (2018, p. 118). Este modelo impone mandatos que señalan a los varones lo que se espera de ellos y que se constituye en el referente con el que se comparan los sujetos (p. 118). Ser hombre es algo que se debe lograr, conquistar y merecer,

y son los otros hombres, los pares, quienes califican y refrendan la masculinidad del varón (p. 119). En el caso de los comandos, son los otros militares, los pares, quienes han reconocido los atributos hegemónicos de la masculinidad de los comandos desde los años sesenta y esto ha permitido la consolidación de un discurso en el que los comandos se sienten superiores a los otros. Por ello, aún hoy la Escuela de Comandos es el último bastión de la masculinidad militar en el Perú.³ Las mujeres han formado parte de las Fuerzas Armadas desde la década de 1990, y tienen que hacer el curso Lince —una versión reducida del programa de comandos— durante cuatro semanas para poder graduarse de la Escuela Militar o de la Escuela Técnica del Ejército. Sin embargo, hasta hoy (2023), solo los varones están permitidos de hacer el CRC.⁴

El presente artículo presta atención a la historia temprana de la Escuela de Comandos, un centro de instrucción militar que desde la década de 1960 ha sido responsable de la formación de las tropas de élite del Ejército. *En honor a la verdad*, el informe publicado por el ejército en el año 2010 sobre su participación en el conflicto armado reconoce el impacto de los comandos en el entrenamiento y la moral de los batallones enviados a las zonas de emergencia. Sin embargo, hasta la fecha, la Escuela de Comandos o los comandos en general no han recibido mayor atención desde las ciencias sociales.⁵ El artículo brinda una mirada histórica de los comandos, sus relatos de origen, autorepresentaciones y prácticas. Las alusiones a la destrucción y el aniquilamiento del enemigo fueron evidentes desde la creación de la Escuela de Comandos a través de una serie de pruebas de valor como el salto del tigre, los baños con sangre de perro, los rugidos y una serie de artefactos como cantos, cadencias, credos y brindis. El artículo sugiere que la

³ Las mujeres fueron aceptadas para el servicio militar voluntario en 1993 como parte del SANAF (Servicio Activo No Acuartelado Femenino). El 20 de junio de 1996, se promulgó la Ley N° 26628, Ley de Acceso de las mujeres a las Escuelas de Oficiales y de Suboficiales de las Fuerzas Armadas. La primera cohorte de oficiales femeninas se asimiló a las Fuerzas Armadas a inicio de 1997. Ese mismo, año ingresó el primer contingente de mujeres cadetes a la Escuela Militar de Chorrillos (Estado Mayor General del Ejército, 2021).

⁴ De acuerdo con la Ley de Situación Militar de los Oficiales de las Fuerzas Armadas, Ley N° 28359, las mujeres no califican para «especialidades afines de Operaciones Especiales y en las Unidades de Combate de la Primera línea», es decir, si el enfrentamiento es cuerpo a cuerpo. Por tal razón, las mujeres solo pueden ser parte de las armas de ingeniería, intendencia, inteligencia, comunicaciones y material de guerra. No pueden ser parte de las armas de combate como infantería, caballería o artillería.

⁵ Las publicaciones que se refieren a los comandos usualmente presentan un enfoque legal o desde los derechos humanos. Por ejemplo, ver Irina Burgos-Luna, *Reflexiones para entender el caso Chavín de Huántar ante la CORTEIDH* (2018).

retórica sobre los comandos estableció un estándar, un parámetro, acerca de lo que debe ser un militar: un hombre que lleve sus capacidades al límite, alguien que despierte admiración y que sea capaz de inculcar temor en los otros. Durante las décadas de los sesenta y setenta, esta forma de ser militar estuvo contenida y se circunscribía a solo algunos grupos del ejército. Sin embargo, el tipo de guerra irregular que se produjo en el Perú durante los años ochenta y noventa creó las condiciones para la dispersión y exacerbación de las prácticas más violentas de los comandos y de las unidades especiales modeladas a la imagen de estos: las compañías Lince.

Es necesario estudiar a los comandos como sujetos históricos pues sus relatos, genealogías, *performances* y tradiciones inventadas revelan información valiosa acerca de la cultura militar del Ejército peruano durante la Guerra Fría, un periodo crucial en Latinoamérica en el que los ejércitos se prepararon para luchar contra el «enemigo interno» y derrotar la amenaza comunista. Un enfoque sobre los comandos también permite apreciar las dimensiones transnacionales de la formación contrasubversiva en América Latina. Aproximarnos a los comandos es también una forma de acceder a las dimensiones más violentas de las instituciones militares en el Perú. Nos conmina a cuestionar la alta discrecionalidad que gozaron las instituciones armadas durante los estados de excepción en el Perú.

EL BALANCE ACADÉMICO

En los últimos años se han publicado diversas investigaciones que discuten cómo los militares recuerdan su participación en el conflicto armado interno.⁶ Un primer enfoque presta atención a cómo se forjan esas memorias desde los artefactos culturales creados por los militares. Martínez Garay (2015) señala que desde la literatura se plasma una narrativa heroica militar que presenta a los militares como héroes del conflicto. Al examinar los textos producidos por Carlos Freyre, *Desde el valle de las esmeraldas* (2011), y Lurgio Gavilán, *Memorias de un soldado desconocido* (2012), él identifica una tensión entre lo que algunos militares quisieran recordar sobre el conflicto, una narrativa heroica y salvadora, en contraste con lo que realmente fue, un escenario de violencia extrema.

⁶ Aquí es necesario señalar que los militares no aceptan la denominación de «conflicto armado» al periodo de violencia acontecido en el Perú durante la década de 1980 y 1990. El vocablo que ellos usan es «guerra contraterrorista». Para una discusión acerca de por qué el término «conflicto armado» es el adecuado ver Alonso Gurmendi Dunkelberg, «Lucha contrasubversiva en el Perú: ¿Conflicto armado o delincuencia terrorista?» (2013).

En esa misma línea, Cynthia Milton (2018) ha examinado los procesos de memorialización al interior de las fuerzas estatales. Ella señala que, a raíz de la publicación del Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, surgieron una serie de «emprendedores de memorias militares» y de «curadorías» que sustentan la memoria heroica sobre la participación militar en el conflicto armado. Ejemplos de estas curadorías son *Desde el valle de las esmeraldas* y el Museo de la Operación Chavín de Huántar, ubicado en la Brigada de Fuerzas Especiales. Milton señala que, al comparar estos artefactos con *Memorias de un soldado desconocido*, la narrativa heroica del Ejército se desmorona pues el testimonio de Lurgio Gavilán exemplifica la experiencia de los miles de reclutas de origen andino o estratos socioeconómicos vulnerables que entraron al Ejército no necesariamente por voluntad propia, y que padecieron de un sinnúmero de actos de violencia al interior de los cuarteles.

Una segunda línea de investigación presta atención las voces militares a través de entrevistas e historias de vida en las que se trata de estudiar a los militares desde su dimensión más subjetiva y no solo como perpetradores. El trabajo de Henry Ayala y Antonio Zúñiga (2015) examina las memorias de un grupo de infantes de marina, el estrato más bajo de la Marina de Guerra, que sirvieron en zonas de emergencia. Las entrevistas visibilizan las heridas emocionales que el conflicto ha dejado en los veteranos, así como la sensación de abandono que estos sintieron por parte del Estado luego que terminó su participación en la guerra interna. Aunque estos licenciados se sienten como víctimas del conflicto, también se habrían comportado como perpetradores y algunos de ellos reconocen que sus experiencias de violencia previa fueron transferidas a sus espacios domésticos.

Carla Granados (2021) señala la importancia de considerar a las memorias militares no como un ente homogéneo, sino como una multiplicidad de voces determinadas por la procedencia social, étnica y racial de los militares involucrados en el conflicto. Aquellos que pertenecieron a los escalones más bajos y más vulnerables del Ejército, la tropa, no necesariamente comparten las mismas memorias que las élites militares pues sufrieron dos tipos de violencia: la violencia del conflicto en las zonas de emergencia y la violencia estatal. Esta última se manifestó a través del reclutamiento forzado y la intimidación perpetrada al interior de los cuarteles por militares de más antigüedad. Granados también presta atención a las diferentes formas de acción política de los colectivos de licenciados, así como a las demandas que tienen para con el Estado peruano.

En la misma línea, el último texto de Boesten y Gavilán (2023) brinda los testimonios de un grupo de licenciados que lucharon durante la guerra interna y

que están vinculados a la organización de veteranos LIPANAAC en Ayacucho. Esta publicación permite apreciar las diferentes instancias de normalización de la violencia en el Ejército, así como la ambigüedad de los afectos que estos jóvenes desarrollaron con respecto al Ejército y al Estado peruano durante sus años en el servicio. Muchos veteranos aprecian los vínculos de lealtad y cariño desarrollados con otros varones de su promoción y resaltan los valores militares aprendidos como disciplina y tenacidad. Al mismo tiempo, varios fueron tratados violentamente en los cuarteles y experimentaron un sentimiento de desarraigado al término del servicio militar, cuando los trajeron de nuevo a Lima y las élites militares se deshicieron de ellos «como si fueran perros».

Estas reflexiones académicas permiten reconstruir diferentes dimensiones de la experiencia militar durante el conflicto. Este artículo contribuye con esta discusión al tomar en cuenta la historia temprana y representaciones de los comandos y establecer algunas conexiones entre la cultura militar de los comandos y de los batallones contrasubversivos durante el conflicto.

LA GENEALOGÍA DEL GUERRERO CONTRASUBVERSIVO

La figura del guerrero contrasubversivo en el Perú empezó a forjarse a fines de los años cincuenta, con la creación de la Escuela de Paracaidistas (EPE) y la Escuela de Comandos (ECE).⁷ Los comandos y los paracaidistas pertenecen a la hermandad de los grupos de operaciones especiales que se fueron creando en América Latina durante la Guerra Fría.⁸ Estas unidades se hicieron populares debido a la vistosidad de sus uniformes camuflados y boinas, y a que fueron enviadas a luchar contra las guerras de liberación nacional. Por ejemplo, John Talbott (1978) señala que, en el caso francés, se consideraba a los paracaidistas

⁷ Entre 1957 y 1958, siete oficiales del Ejército fueron enviados a escuelas de paracaidismo militar extranjeras para ser entrenados en paracaidismo de combate. Cinco de estos oficiales fueron a Brasil, que había fundado su escuela de paracaidismo militar en 1946, y dos fueron enviados a Argentina. Cuando ya se contaba con un número de oficiales adecuadamente entrenados para ser instructores, en 1959 el Ejército creó la Escuela de Paracaidistas en el distrito de Chorrillos, en los terrenos que pertenecían al Servicio Veterinario y Agropecuario y de Remonta del Ejército. Ese año se implementó el primer curso de paracaidismo militar, de donde se graduaron 30 alumnos (Coede).

⁸ Entre 1946 y 1948, 46 oficiales brasileños se entrenaron Fort Benning (Georgia) y se graduaron de paracaidistas militares. Los argentinos crearon su escuela de paracaidismo militar en 1944. Asimismo, la Escuela de Lanceros se creó en Colombia en 1955, la Brigada de Operaciones Especiales fue fundada con una unidad de paracaidistas en 1957 en Brasil, y en El Salvador, el primer batallón de paracaidistas fue creado en 1963.

como figuras heroicas y trágicas pues habían resistido valientemente en Dien Bien Phu en 1954. Los paracaidistas adquirirían una reputación siniestra debido a las operaciones de represión contra las poblaciones musulmanas de Argel. En el caso de Latinoamérica, las fuerzas especiales se inspiraron en el programa de rangers de los Estados Unidos dictado en Fort Benning (Georgia).⁹

La Escuela de Norteamericana de Rangers se creó en 1950 durante la guerra de Corea.¹⁰ Su currículo estuvo basado en el entrenamiento que se les dio a las compañías de rangers enviadas a combatir a las fuerzas comunistas de China y Corea del Norte.¹¹ Los instructores eran veteranos de esa guerra.¹² A mediados de los años cincuenta, cuando la escuela ya estaba consolidada, el gobierno de los Estados Unidos, a través de sus misiones militares, empezó a invitar a militares latinoamericanos para que hicieran el programa de rangers. Para ese entonces, ya funcionaba en la zona del canal de Panamá la Escuela del Caribe USARCARIB (que años después cambiaría el nombre por Escuela de Las Américas USARSA), pero los militares latinoamericanos preferían enviar a sus oficiales a escuelas de servicios en los Estados Unidos. Pensaban que la calidad de la instrucción era mejor que en Panamá, y que sus oficiales recibirían el mismo entrenamiento que los oficiales norteamericanos (Gill, 2004, p. 65). Los primeros en América Latina en asistir al programa de rangers en Fort Benning fueron los militares colombianos en 1956.¹³ Ese mismo año, Colombia abrió la Escuela de Lanceros,

⁹ El curso de rangers está considerado como uno de los programas militares más difíciles del mundo. El programa combina actividades de liderazgo en el combate y de operaciones tácticas en pequeñas unidades. El curso expone a los candidatos a situaciones límite: estrés, exigencia física extrema, falta de alimentación adecuada y falta de sueño, por lo que tiene un porcentaje de aprobación de solo 49 % (Spencer, 2016).

¹⁰ Aún hoy, la Escuela de Rangers es un espacio predominantemente masculino. Recién en el año 2015, dos mujeres egresaron por primera vez de este exigente programa y la noticia fue cubierta por los principales medios de comunicación norteamericanos (Wagner, 2015).

¹¹ Las compañías modernas de rangers se crearon en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Eran cuerpos de infantería ligera que cumplieron acciones destacadas en la liberación de Europa y de Asia. Durante la guerra de Corea, las compañías se reactivaron nuevamente en Fort Benning como unidades aerotransportadas adjuntas a las divisiones convencionales de infantería.

¹² Ver Finlayson (2010).

¹³ Históricamente, las Fuerzas Armadas colombianas han tenido una tradición de estrecha cooperación con los Estados Unidos. Durante la guerra de Corea, Colombia fue el único país latinoamericano en enviar tropas a luchar en Corea, envío un batallón de más de 5000 hombres, el Batallón Colombia.

un programa de rangers adaptado a la realidad colombiana y bajo la supervisión del oficial norteamericano Ralph Puckett.¹⁴

En mayo de 1959, el Ejército peruano envió el primer grupo de oficiales a Fort Benning. El líder de la delegación era el teniente coronel Gonzalo Briceño, de 36 años de edad,¹⁵ quien era el jefe del Batallón de Infantería No. 19, uno de los batallones más emblemáticos del Ejército.¹⁶ Junto a él viajaron otros cuatro oficiales mucho más jóvenes —tenientes y subtenientes—. Aunque Briceño había pasado exitosamente los exámenes físicos en Lima, cuando llegó a Georgia le dijeron que el programa era solo para oficiales jóvenes, hombres en sus veintes, pero sugirieron que podía quedarse en el curso como observador junto con otros mayores y tenientes coronel norteamericanos (Álvarez Portocarrero, 2010, p. 16). Briceño insistió en participar (Gorriti, 2012). Después de firmar un documento donde eximía a la Escuela de Rangers de cualquier responsabilidad ante un posible accidente, Briceño finalmente fue autorizado a participar en el curso. A pesar de su edad, pasó el curso satisfactoriamente y se aseguró de que los otros miembros de la delegación peruana hicieran su mejor esfuerzo.¹⁷

Al regresar al Perú, y como Briceño era el líder del BI No. 19, su batallón se convirtió en una «unidad experimental de comandos», donde se implementó «un entrenamiento físico intenso con largas carreras amenizadas con cantos guerreros» y donde se «intensificó la instrucción del tipo patrullaje, navegación terrestre, pista

¹⁴ A diferencia de la Escuela de Comandos del Perú, la Escuela de Lanceros contó durante sus primeros años con un oficial norteamericano como asesor adscrito al Ejército colombiano. Al respecto, ver Briscoe (2006).

¹⁵ De acuerdo a la revista *Comando en Acción*, el general Gonzalo Briceño fue uno de los veinte militares más destacados del siglo XX. El periodista Gustavo Gorriti describe al general como «un soldado de vocación con iniciativa y audacia, que sentó paradigmas duraderos a través del ejemplo y el riesgo personal». Entre los comandos, Briceño es considerado como el «hermano mayor» de una gran cofradía y el líder de los «13 fundadores». En la página de Facebook *Escuela de Comandos Ser y No Parecer*, que honra a los comandos en actividad y en retiro, se compara a Briceño con «El Dios de la Guerra». Al respecto, ver Comando en Acción (2021, p. 22) y Gorriti (2012).

¹⁶ Este batallón luego cambiaría el nombre por Batallón de Comandos Comandante Espinar No. 19.

¹⁷ Los referentes a la fortaleza física y la figura carismática de Gonzalo Briceño serían uno de los pilares de la Escuela de Comandos durante las siguientes décadas. En la crónica que publicó en el año 2012 sobre Briceño, Gustavo Gorriti señala que durante el curso de rangers, Briceño ofreció quitarse los galones y ponerse los de teniente: «Y eso es lo que sucedió. El comandante se hizo teniente y luego ranger». Sin saberlo aún, Briceño había creado una tradición que años después los militares que harían el curso regular de comandos continuarían: dejar de lado el rango durante la situación liminal que son los meses de duración del CRC.

de riesgo, pruebas de valor» (Álvarez Portocarrero, 2010, p. 16). Convencido de que el Perú tenía que contar con una escuela de entrenamiento tipo ranger, Briceño expuso esta idea al general Nicolás Lindley, quien era comandante general del Ejército en 1960. Lindley gustó de la idea y le dio a Briceño la responsabilidad de organizar la futura escuela con los otros rangers que se habían graduado con él.¹⁸ Briceño fue el primer director de la Escuela.

El 8 de diciembre de 1960, y como parte de las celebraciones por el Día del Ejército, los oficiales rangers y el personal de tropa que había sido entrenado en el BI No. 19 demostraron las habilidades adquiridas en una presentación pública en la playa Conchán (Escuela de Comandos del Ejército, 2020). En la demostración se aplicaron «las enseñanzas recogidas en la Segunda Guerra Mundial», y se brindó a los asistentes «una idea de lo arriesgadas y técnicas que son las acciones de la guerra moderna» («Demostración militar en Conchán», 1960). Hubo exhibiciones de destreza, paracaidismo, desembarco de botes de asalto, repliegue de helicópteros, explosiones de bombas incendiarias NAPALM, y «las operaciones propias de destrucción en tierra» (Bombilla Mazuelos, 2010). Según la *Revista Militar*, los comandos y los paracaidistas fueron «la novedad» en esas maniobras, pues los primeros desembarcaron en botes de goma de una barcaza y tomaron «un fortín situado a varios cientos de metros de la orilla» (Álvarez Portocarrero, 2010, p. 17). Desde sus orígenes, las presentaciones de los comandos destacaban por su espectacularidad.

Entre 1959 y 1961, 13 oficiales se graduaron de rangers paracaidistas en Fort Benning, a ellos se les conoce como «los fundadores» de la ECE. En los años siguientes, ellos regresarían a Fort Benning para seguir el curso de rangers como observadores y para aprender técnicas de contrasubversión. Deseaban contar con «una visión integral acerca del funcionamiento de la escuela, el planeamiento, el manejo de las clases, apoyo bibliográfico, y cómo ese entrenamiento se aplicaba en operaciones especiales» (Álvarez Portocarrero, 2010, p. 16). En 1961, la escuela dictó el primer CRC, de veinte alumnos aspirantes solo se graduaron tres.

La recién fundada escuela empezó a funcionar en el Fuerte Rímac (hoy Fuerte Hoyos Rubio), en un espacio compartido con la Escuela de Material de Guerra, y la Compañía de Transmisiones No. 2. Sus orígenes fueron humildes pues los

¹⁸ No existe un dispositivo legal que formalice el funcionamiento de la escuela. Esta situación recién se regularizó en el año 2010, en el contexto del cincuentenario de la escuela. Desde esa fecha, se considera el día 7 de noviembre como día de celebración de la ECE.

fundadores tuvieron que pedir material prestado de otras unidades y lograron construir unas instalaciones

sobre cajones de granadas y municiones, con fierros y maderas de desecho, con clavos enmohecidos por el tiempo, con cuerdas, aparejos y boliches de los pescadores, con rieles abandonados y desenterrados, con tarimas en desuso, con hojas de papel que tenían un lado en blanco (Morales, 2010, p. 12).

Resaltar los orígenes modestos de la escuela permitía a los comandos articular una narrativa más heroica acerca de su trayectoria institucional.¹⁹ En pocos años habían logrado crear un programa de operaciones especiales bastante efectivo y no habían requerido de la presencia de un asesor militar norteamericano como sí había ocurrido con sus pares colombianos.²⁰

LAS TRADICIONES INVENTADAS

Cuando llegó el tiempo de escoger el nombre para su nueva escuela, los fundadores tuvieron que elegir entre dos posibilidades: Escuela de Rangers del Ejército Peruano o Escuela de Comandos del Ejército Peruano.²¹ Al final optaron por este último nombre como un tributo a los ejércitos europeos.²² El Ejército peruano

¹⁹ La escuela también abrió una pista de combate para el entrenamiento de los oficiales. Esta pista sería el referente para otras pistas de combate que se construirían en el Perú. Escuela de Comandos del Ejército, <http://www.ejercito.mil.pe/escuelas/ece/heraldica.htm>, recuperado en junio de 2013. El sitio ya no existe.

²⁰ En 1963 una delegación del comando sur de los Estados Unidos (en esos años USAR-SOUTHCOM) vino al Perú para observar los programas de acción cívica implementados por el Ejército así como diferentes centros de entrenamiento del Ejército. El general Bogart, el líder de la misión señaló que el programa de contrainsurrección del Ejército le había «causado una impresión muy favorable». Expresó palabras de reconocimiento a la escuela de comandos y dijo que era uno de los «mejores que ha visto en el mundo» («Ecos de la visita del general Theodore Bogart», 1963, p. 3).

²¹ Gorriti dice que Briceño estaba fascinado por figuras icónicas de la Segunda Guerra Mundial involucradas con las fuerzas especiales como David Stirling, el fundador del SAS británico, y de Charles Wingate, creador de Chindit. Al respecto ver Gorriti (2012).

²² Entrevista al comando José Graham Ayllón (2010, p. 74). Aquí es necesario resaltar que, aunque las misiones militares francesas dejaron de venir al Perú en la década de 1940, los contactos entre los militares peruanos y franceses aún eran estrechas durante la década de 1960. Las notas aparecidas en la *Revista Militar* y *Actualidad Militar* revelan que varios cadetes y oficiales peruanos fueron enviados a seguir diferentes programas de entrenamiento en Francia. Es más, en el año de 1964, cuando el presidente francés Charles de Gaulle llegó al Perú, se reinstauró en la Escuela Militar el uso del kepi francés, que había sido de uso tradicional en la escuela a comienzos del siglo XX.

había sido profesionalizado por misiones militares francesas y si bien esa relación binacional fue interrumpida por la Segunda Guerra Mundial, los vínculos entre los militares peruanos y los franceses aún eran importantes en la década de los sesenta. La elección del nombre «comandos» también le daba a los rangers peruanos, al menos a nivel simbólico, cierta autonomía con respecto a la influencia cultural y militar de los Estados Unidos que se hacía más evidente en la región en el contexto de la Guerra Fría.²³

Como la Escuela de Comandos fue la adaptación de un modelo norteamericano a la realidad peruana, para los fundadores era importante contar con elementos distintivos que peruanizaran su escuela y que resaltaran su propia interpretación del programa de rangers. Por ello, al contenido del curso original que recibieron en Fort Benning, añadieron un curso de guerra en alta montaña y otro de operaciones anfibias. Contrataron a un instructor francés para que enseñara técnicas de escalamiento de alta montaña, a un instructor para buceo y a otro instructor para clases de autodefensa. Más aún, crearon una clase sobre el manejo del puñal para lo cual contrataron al «Sargento», un expresidiario que había cumplido 25 años de condena El Frontón (Álvarez Portocarrero, 2010, p. 18).

A medida que la escuela se fue consolidando, los comandos empezaron a crear sus propias tradiciones. Una de ellas fue la Misión de San Pedro de Tuna. San Pedro es una pequeña comunidad ubicada en el valle de Huarochirí. Desde 1963, los aspirantes a comandos van en marcha hacia esta localidad. Allí tienen que experimentar una geografía extrema como preludio de su entrenamiento en alta montaña. Otra tradición inventada fue el grito, en realidad el rugido, de casi un minuto de duración que emiten los comandos al inicio de sus ceremonias y celebraciones. Esta tradición fue introducida por uno de los fundadores, el coronel Justo Jara como una manera de incentivar valor y coraje en sus comandos.²⁴ Pero la tradición más sugerente y que revela la intención de los fundadores de reafirmar

²³ Durante los primeros años, el nombre «ranger» y «comando» se usaba casi de manera intercambiable.

²⁴ El coronel Justo Jara fue otra figura icónica y en cierta forma trágica de la Escuela de Comandos. Fue uno de los 13 fundadores. Su hijo, el capitán Marko Jara Schenone, es uno de los héroes del Cenepa. Él siguió los pasos de su padre y también se convirtió en comando. En 1995 tenía a su cargo una patrulla de comandos que fue emboscada cuando avanzaba hacia la Base Sur. Antes del surgimiento de las figuras heroicas de la operación Chavín de Huántar, el comandante Juan Valer y el teniente Raúl Jiménez, Marko Jara era la figura heroica más importante de los comandos. La gran ironía es que uno de los 13 fundadores no solo había sido creador de la escuela, sino que también le había dado a la patria el sacrificio más grande que un padre puede dar: la vida de su propio hijo.

la peruanidad de su institución, fue la elección del patrono, el inca Pachacútec.²⁵ Pachacútec, el emperador y reformador del imperio de los incas, fue la primera figura heroica indígena designada como patrono dentro del Ejército, en contraste con las figuras decimonónicas elegidas como patronos de las ramas del Ejército durante el Ochenio de Odría.²⁶ En lugar de buscar referentes heroicos en el siglo XIX, los fundadores de la ECE se fueron más atrás en el tiempo y eligieron a Pachacútec pues consideraban que representaba los valores e ideales que querían alcanzar con su programa.²⁷

Más aún, en lugar de usar un emblema basado en la insignia de los rangers norteamericanos, como había sucedido en Colombia,²⁸ en que solo cambia el color y hay una ligera variación en el diseño para la palabra «lancero», en el Perú, los fundadores usaron como insignia, como «chapa», el rostro indígena de Pachacútec sobre dos puñales cruzados y alusiones a cuerdas, botes y paracaídas con una estética precolombina.²⁹ Para los comandos, Pachacútec se convirtió en una «tradición inventada» en el sentido planteado por Eric Hobsbawm, es decir, en el «grupo de prácticas [...] de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica inmediatamente la continuidad con el pasado [...] con un pasado que les es adecuado» (Hobsbawm & Ranger, 2002, p. 8). Al elegir al inca, los comandos podían acceder a la figura victoriosa del reformador del Tawantinsuyu,

²⁵ Algunos militares latinoamericanos usan nombres vinculados con el pasado del país para nombrar a sus fuerzas especiales tal es el caso de los lanceros en Colombia y los kaibiles en Guatemala. En el caso de Colombia, el símbolo de los lanceros es una adaptación de la insignia de los *rangers* norteamericanos, pero también han incorporado la representación de una figura indígena, un arquero, en el logo de su escuela.

²⁶ En una publicación anterior he señalado cómo durante los años de Odría se oficializó la devoción al coronel Francisco Bolognesi y de los patronos de las armas de infantería, caballería, artillería e ingeniería. Los héroes consagrados eran hombres blanco-mestizos que habían dejado un legado de sacrificio y de enseñanzas morales para los oficiales del Ejército y los jóvenes del Perú en un momento en el que el Perú estaba superando el legado de derrota que había sufrido a consecuencia del desastre de la guerra del Pacífico. Ver Hurtado (2017).

²⁷ Probablemente, los comandos sabían que en los Estados Unidos los *rangers* contemporáneos trazaban su linaje hasta los *rangers* de la guerra revolucionaria en el siglo XVIII, y que los militares colombianos habían escogido el nombre «lanceros» como una manera de recordar al grupo de élite del libertador Simón Bolívar.

²⁸ El capitán norteamericano Puckett solicitó a los oficiales colombianos buscar en su historia militar una tradición similar a los *rangers* norteamericanos. Al respecto ver Briscoe (2006).

²⁹ La explicación de la iconografía señala que el sol del inca «simboliza la nobleza y el cumplimiento de los deberes sagrados con el Estado y las virtudes militares» («Descripción del escudo de comandos», 2010).

quién, de acuerdo a las narrativas del Ejército, había realizado «las primeras operaciones especiales tipo comando, con sus purunaucas (soldados indómitos)» (Ministerio de Guerra, 1982). También podían posicionarse en una situación de superioridad con respecto a los civiles y a otros militares.

Para los comandos, Pachacútec se convirtió en una experiencia corporizada. Al graduarse del CRC, los nuevos comandos recibían el emblema que mostraba el rostro del inca en actitud amenazante, como si estuviera a punto de rugir. Esta insignia, que en algunos momentos ha sido llamada «el chuncho», que denota no solo connotaciones racializadas sino también la idea de ser «indomable», era (es) el distintivo máspreciado que los comandos poseen (Escuela de Comandos «Ser y No Parecer», 2015). El entrenamiento tortuoso al que los aspirantes a comandos se sometían voluntariamente valía la pena si el premio era conseguir esa insignia.

Entre los militares, los uniformes son como un texto que puede y debe leerse. Ante los ojos de un civil, son solo atuendos de diferentes estilos y colores. Pero los militares leen los uniformes como una narrativa de la experiencia de vida de un soldado. Cada insignia o chapa que se lleva sobre el uniforme expresa una jerarquía, un entrenamiento, una travesía, un sufrimiento. Los oficiales graduados del CRC podían exhibir en sus uniformes y sus cuerpos una serie de artefactos que otros militares no tenían. Completando la apariencia del comando estaba la boina negra indicando que también eran paracaidistas.³⁰ Según los comandos, esta prenda de cabeza «simboliza la autoridad, liderazgo, fortaleza, intransigencia en la ejecución de las operaciones nocturnas, por cuanto el comando es cómplice de la noche y de la muerte sin dejar huellas» (Espinoza Laborieé, 2010, p. 22). Los militares que vieran a los comandos llevando esas insignias y prendas podían admirarlos o envidiarlos, resaltando así la importancia del reconocimiento de los pares para este tipo de masculinidad militar.

Briceño también abrazó la expresión de la supuesta trilogía moral incaica *ama sua, ama llulla, ama kella* («no seas ladrón, no seas ocioso, no seas mentiroso») como uno de los lemas de la escuela, y creó un segundo lema «ser y no parecer».³¹ Estas son las expresiones más distintivas que se enuncian en cada ceremonia

³⁰ En 1988, el gobierno de Alan García planteó la uniformidad de las boinas y estableció que todos los miembros del Ejército tenían que llevar boinas verdes, hecho que irritó a los comandos. En 1993, durante el gobierno de Alberto Fujimori se restituyó el uso de la boina negra para las unidades de fuerzas especiales (Bombilla, 2010, p. 25).

³¹ El deseo de Briceño por abrazar un pasado precolombino habría estado enraizado en su propio interés en la historia militar del Perú. Antes de convertirse en ranger-comando, él fue instructor de historia, geografía militar, y topografía en la Escuela Militar de Chorrillos. Gorriti señala haberse impresionado por el conocimiento histórico de Briceño de la historia militar. Viniendo

pública o privada de los comandos y que están plasmadas en casi todas las paredes de las compañías de comandos del Perú. En un artículo aparecido en la revista *Actualidad Militar* en 1966 se observan algunas fotografías de los espacios del BI No. 19, el primer batallón de comandos del Perú. Sobre las paredes estaba escrito el credo del comando («Un día con los rangers»). Años más tarde, los lemas aparecidos en las paredes del BI No. 19 también se inscribirían en las cuadras de las compañías Lince, los herederos de los comandos, en las zonas de emergencia.

Briceño también moldeó la imagen del comando que se arriesga y no le tiene miedo a la muerte. Su participación en el golpe militar de 1962 lo puso a él y a los comandos-rangers en el imaginario popular. El 18 de julio de ese año, Briceño, para entonces coronel, lideró los tanques que salieron de la División Blindada (hoy Fuerte Hoyos Rubio) en el Rímac, cruzó el puente de la Av. Abancay, y llegó hasta Palacio de Gobierno. Allí derribó las rejas de Palacio, y detuvo al presidente Manuel Prado Ugarteche. En su ingreso a Palacio, Briceño estaba acompañado por seis comandos fuertemente apertrechados. El coronel llevaba cargas de TNT a ambos lados del pecho, ocho granadas defensivas, con un radio de acción de 200 metros cada una, metralleta, pistola automática con nueve balas niqueladas, numeroso parqué para ambas armas, puñal en la bota y «el clásico uniforme verde olivo de los comandos del Ejército» (Velarde, 1966). En una entrevista concedida al diario *Expreso* en 1966, Briceño sosténía que si alguno de los militares que defendía Palacio de Gobierno hubiera lanzado un disparo sobre los comandos, se habría producido «una explosión en cadena pues cada uno de los oficiales comandos [...] había sido convertido en una bombarda de altísimo poder destructivo» (Velarde, 1966). Briceño señalaba que tal despliegue de violencia había sido necesario en la toma de Palacio porque «de acuerdo a nuestro código, los comandos solo entramos en acción para definir situaciones, para destruir sin dar ni pedir clemencia» (Velarde, 1966). Esta última frase, «para destruir sin dar ni pedir clemencia», revela el deseo de Briceño de crear un aura de rudeza alrededor de los comandos y también de inspirar temor en los demás, no solo entre los civiles, sino también entre los militares.

Briceño también encarnaba la frialdad emocional y superioridad física a la que aspiraban los comandos. En la misma nota de *Expreso*, Briceño era descrito como un individuo enigmático, alguien «sobre cuya verdadera naturaleza psíquica se han hecho miles de deducciones», «un hombre incapacitado para vibrar ante

del sur del Perú, es probable que Briceño se haya sentido identificado con la tradición indigenista que había circulado entre las élites intelectuales en los años cuarenta.

el humano sentimiento del miedo y el dolor físico». Años atrás, el 14 de mayo de 1963, Briceño había sufrido un aparatoso accidente en la Panamericana Norte, viajaba en una camioneta del Ejército junto con otros tres rangers y un periodista cuando súbitamente colisionó contra un camión cisterna. Debido al accidente, Briceño sufrió la fractura de siete costillas, perforación de los pulmones, rotura de la pleura, seccionamiento del esternón, y estuvo 13 días en coma.³² Dos meses después del accidente, Briceño estaba al frente de su batallón en el desfile de Fiestas Patrias («El ‘ranger’ que volvió a la vida», 1963). El accidente y la sorprendente recuperación de Briceño contribuyeron al mito de superioridad física y moral de los comandos.

El discurso sobre la superioridad del cuerpo del militar comando también se expresaba a través de la prensa castrense, especialmente en las notas sobre la lucha contra las guerrillas de 1965. Por ejemplo, en el artículo «Plegaria en Mesa Pelada», publicado en 1966 en *Actualidad Militar*, el autor de la nota, un oficial comando, hacía referencia al terreno agreste de Mesa Pelada, al que calificaba como un «verdadero infierno», en donde habitaban osos, pumas y guerrilleros. Mesa Pelada era una tierra incivilizada «en las que quizás nunca puso su planta hombre alguno» y donde era necesario abrirse paso «a golpe de machete». El comando señalaba cómo a pesar de que sus soldados tenían las «manos sangrantes», los «pies desnudos», y los «cuerpos lacerados», habían cumplido con la misión de acabar con un campamento guerrillero en poco más de tres minutos (Carta de Mesa Pelada, 1966, p. 2).

Entonces, si bien hacia inicios de los sesenta, el Ejército contaba con una generación de oficiales de alta graduación que estaba discutiendo la manera de enfrentar los grandes problemas del país desde las aulas del CAEM y de la Escuela de Guerra, y que años después se traducirá en un Gobierno Revolucionario de las FF. AA., al interior de ese mismo Ejército también se estaba gestando otra vertiente de ser militar: el guerrero contrasubversivo, que todo lo puede a través del ejercicio de la violencia y el énfasis en la fortaleza de su propio cuerpo. Gonzalo Briceño y, por extensión, los comandos, eran los máximos exponentes de este ideal.

³² En ese accidente, los otros tres rangers que viajaban con Briceño resultaron gravemente heridos y falleció el periodista Héctor Arellano, del diario *Expreso*.

INSTRUCCIÓN CONTRASUBVERSIVA

A través de la Escuela de Comandos, el Ejército empezó a implementar entrenamiento contrasubversivo en el Perú. Detrás de la instrucción contrasubversiva estaba Alianza por el Progreso, el programa creado por la administración Kennedy para prevenir la expansión del comunismo en América Latina a través de la promoción de proyectos de desarrollo de infraestructura, educación y salud (Alliance for Progress, 2021). Gran parte de la ayuda económica norteamericana fue empleada en asistencia militar para la creación de programas antisubversivos.³³ Un aspecto fundamental de Alianza fue la creación de la Escuela de las Américas en la zona del canal de Panamá, sobre la base de la antigua USARCARIB en 1963. Ese mismo año se creó el Octavo Grupo de Fuerzas Especiales (8th SFG) que se estableció en Fort Gulick, zona del Canal. El núcleo de esta unidad fue un grupo de boinas verdes del Séptimo Grupo de Fuerzas Especiales que tenía experiencia en Vietnam.³⁴ Este fue el grupo encargado de la instrucción contrasubversiva de los militares latinoamericanos. En el caso del Perú, a veces, se enviaba a los oficiales del Ejército a la Escuela de las Américas. Otras veces, el entrenamiento se llevaba a cabo a través de los Grupos de Entrenamiento Móviles (MTT) que venían desde Panamá.³⁵ Sin embargo, no todos los oficiales enviados a la USARSA eran parte de la Escuela de Comandos, y no todos los intercambios eran necesariamente con los Estados Unidos.³⁶

³³ Hacia 1967, USAID había invertido más de 6 billones de dólares en la región y 1.7 billones de dólares se habían gastado a través del Programa de Asistencia Militar (MAP) (Alliance for Progress, 2021).

³⁴ El Octavo Grupo de las Fuerzas Especiales fue desactivado en 1972, cuando, debido a la crisis en la guerra de Vietnam, el gobierno norteamericano decidió reducir sus grupos de fuerzas especiales operando en el extranjero. Ver Friberg (2016).

³⁵ En abril de 1967, uno de estos grupos móviles (MTT) fue en misión secreta a Bolivia. En un periodo de 19 semanas creó un batallón de 650 rangers altamente entrenados en guerra contrasubversiva. Ese grupo de rangers capturaría en la quebrada del Churo, cerca a La Higuera, a Ernesto «Che» Guevara. Para mayor información ver Finlayson (2008).

³⁶ Si bien los Estados Unidos cumplieron un papel hegemónico en la creación y difusión de doctrina y prácticas contrasubversivas, es necesario resaltar que también existió una relación estrecha entre los militares de la región que facilitó la cooperación y el intercambio de doctrina contrasubversiva. En tal sentido, es necesario reconocer el liderazgo de los militares argentinos, a quienes los norteamericanos tenían en alta consideración. El Ejército argentino realizó varios ciclos de conferencias sobre guerra contrarrevolucionaria y guerra revolucionaria en el Perú, Bolivia y Uruguay entre 1960 y 1961. Los argentinos también organizaron el Primer Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria en la Escuela Superior de Guerra de Argentina, que contó con la presencia de oficiales de 14 países del continente entre los cuales estaba el Perú, entre el 2 de octubre y el 30 de noviembre de 1961. Ver Rostica (2021).

Desde su fundación, la Escuela de Comandos tuvo un impacto en el Ejército que fue más allá del Curso Regular de Comandos pues se crearon diferentes programas de entrenamiento cuyo objetivo era fortalecer el cuerpo militar masculino. Por ejemplo, los oficiales de la promoción de la Escuela Militar que se había graduado a inicios de 1961 hicieron un «curso de endurecimiento» en el BI No. 19 dictado por los comandos. La novedoso del curso era «la intensidad de los ejercicios así como los riesgos calculados a los que se exponía a los participantes». El Ejército quería que los jóvenes alfereces y subtenientes que habían hecho el curso luego pudieran transmitir lo aprendido en sus unidades de destino y así inculcar en su tropa «el coraje y estado físico óptimo para desarrollar cualquier misión con resultados positivos» (ASCOMPE, 2010, p. 52). De 140 oficiales que iniciaron el curso de endurecimiento de 1961 solo se graduaron 98. Es interesante que en el texto publicado por ASCOMPE, la Asociación de Comandos del Perú, se señale que el oficial espada de honor de la promoción de 1961 no pudo pasar el curso, como si se tratara de sugerir que en el Ejército los logros académicos no siempre tenían una correlación con el desempeño físico de un oficial.³⁷

Un año decisivo fue 1963. Ese año se produjeron las movilizaciones campesinas en Lares y La Convención, y en Lima circulaba el rumor de que Briceño y sus rangers podrían ser enviados a luchar contra Hugo Blanco. Se consideraba que Briceño y sus hombres «eran los indicados para esta misión» («¿El coronel Briceño a La Convención?», 1963).³⁸ Ese año oficialmente se inició la formación contrasubversiva en el país. El primer curso de guerra contrasubversiva se llevó a cabo entre el 15 de abril y el 25 de mayo de 1963 en la Escuela de Comandos y contó con la asistencia de 14 consejeros militares norteamericanos que formaban parte del Equipo Móvil de Contrainsurrección. En su discurso de apertura, el director de la escuela, el coronel Jorge Chávez Quelopana, hizo mención al nuevo tipo de guerra que las FF. AA. tendrían que enfrentar. Él señalaba que esta guerra irregular requería «una nueva mentalidad, una nueva mística, ya que al alejarse de lo convencional se proyecta en una dinámica que hace de la fluidez, agresividad, flexibilidad, iniciativa y rudeza sus mejores armas». El discurso de Chávez enfatizaba la renovada importancia que el Ejército le daba al entrenamiento físico para enfrentar este nuevo tipo de guerra. El coronel agregaba que se necesitaba «un austero y disciplinado entrenamiento para lograr cambiar la

³⁷ El curso de endurecimiento luego se llamaría «curso reducido de comandos».

³⁸ Eventualmente, sería el teniente coronel Enrique Gallegos Venero quien asumió el control de la revuelta campesina liderada por Hugo Blanco (Toche Medrano, 2008).

mente del combatiente» («Curso de Guerra Contrasubversiva en la Escuela de Comandos», 1963). Luego de cuatro semanas, el curso culminó con un ejercicio de diez días en la región de Chancay, en donde se involucró a la población local en «actividades de acción cívica, operaciones sicológicas e inteligencia militar». También se usaron las «Fuerzas Aéreas Especiales para el lanzamiento de volantes, abastecimiento aéreo, salto nocturno de paracaidistas y ataque de ametrallamiento a la base de guerrillas» («Curso de Guerra Contrasubversiva...», 1963). El curso se clausuró el 27 de mayo y de esa primera promoción egresaron 39 oficiales: 1 oficial AP, 27 oficiales del Ejército, 5 oficiales de la GC y la PIP y 6 oficiales de la GR. La procedencia diversa de los graduados sugiere que desde el inicio, la instrucción contrasubversiva fue pensada no solo para aplicarse en el Ejército, sino también para las otras fuerzas del orden.

Las dimensiones políticas e ideológicas del curso contrasubversivo también se hicieron evidentes desde el inicio. En los discursos de clausura, el coronel norteamericano Lawrence Lahm, subjefe de la Misión Militar Norteamericana, afirmó que «los conocimientos adquiridos en el curso» contribuirían a «la unión de los pueblos de esta parte del mundo para la lucha contra el enemigo común que es el comunismo». Mientras que el general José Salas del Carpio señalaba que en ese momento el Perú ya contaba «con elementos capacitados para hacer frente con éxito a la guerra de guerrillas». Su discurso también planteaba el efecto multiplicador de la instrucción contrasubversiva pues los oficiales deberían difundir y poner en práctica lo aprendido en las regiones militares. *Actualidad Militar* señalaba que los cursos contrasubversivos que se iban a dictar en provincias permitirían al Ejército hacer frente con éxito a las manifestaciones de violencia del extremismo en sus diferentes modalidades («En la Escuela de Comandos...», 1963).

Hacia el año 1964, el entrenamiento contrasubversivo se intensificó en el Perú. En cooperación con el Grupo Móvil se desarrolló el Curso de Guerra Contrasubversiva para más oficiales de las FF. AA. y de la Policía. En 1965 no hubo CRC debido a que toda la planta orgánica de la ECE se encontraba combatiendo a la subversión en Satipo, Mesa Pelada, Huamachuco y La Convención (Bombilla Mazuelos, 2010, p. 24). Los batallones que el Estado peruano envió a neutralizar a las guerrillas del MIR fueron liderados o habían sido entrenados por los comandos (Hidalgo Morey, 2001, p. 321). En agosto de ese mismo año, la foto de un comando con uniforme camuflado, boina, pañuelo y chapa en el pecho apareció en la portada de la revista *Actualidad Militar*, como anunciando el nuevo rostro militar del Perú. Luego de seis meses de lucha, las guerrillas fueron derrotadas gracias a «la participación decidida y fulminante de las patrullas comandadas por

los comandos», quienes habían «aniquila[do] todos los campamentos guerrilleros» (Mori Orzo, 2010, p. 34). A raíz de la experiencia con las guerrillas de 1965, el modelo de entrenamiento de la Escuela de Comandos continuó expandiéndose a otros estamentos de las FF. AA. («La Escuela Militar de Chorrillos», 1966, p. 31). Al año siguiente, en 1966, se realizó un nuevo CRC donde los recién graduados demostraron su «serenidad y sangre fría».³⁹

El impacto de la nueva formación física promovida desde la Escuela de Comandos y la formación contrasubversiva también se sintió en la Escuela Militar de Chorrillos. En 1962, el Ejército señalaba que se habían reajustado los programas de entrenamiento físico de la Escuela Militar para que los cadetes estuvieran mejor preparados físicamente para los cursos de comando y paracaidismo que tomarían al egresar como oficiales (Ministerio de Guerra, 1982, p. 190). También se promovió la participación de los cadetes en maniobras militares mayores. Por ejemplo, en 1964 los cadetes asistieron a la Operación Ayacucho, las maniobras combinadas y conjuntas internacionales en las que participaron fuerzas navales, aéreas y terrestres del Perú, Argentina, Paraguay, Colombia, Venezuela, Panamá y Estados Unidos. En 1966 se inauguró la nueva pista de combate en la Escuela Militar modelada a imagen de la pista de combate de la ECE («Escuela Militar de Chorrillos inaugura pista de combate», 1966, p. 14). Hacia 1967, el BI No. 19 hizo demostraciones contrasubversivas en la Escuela Militar para los cadetes de tercer año, que estaban a punto de elegir el arma de su especialidad. Fue una demostración de cuatro horas con pruebas de andinismo, riesgo, abordaje y destrucción de vehículo, paracaidismo, fuego y movimiento («Escuela de comandos del Perú ya es famosa en el continente», 1967). Ese mismo año, se estableció en la Escuela Militar que al término del tercer año todos los cadetes tenían que hacer un curso reducido de paracaidismo y de comando.

Entonces, durante los años sesenta empezó a tomar forma dentro del Ejército peruano una forma de ser militar que respondía a las ansiedades de la Guerra Fría en Latinoamérica, el guerrero contrasubversivo. Un factor importante en esta forma de ser militar era el «endurecimiento» del cuerpo militar masculino a través del entrenamiento físico intenso. Las páginas de la revista *Actualidad Militar* revelaban el interés del Ejército por exhibir cuerpos masculinos fuertes. Varias fotografías presentaban a jóvenes con el torso desnudo, cumpliendo ejer-

³⁹ Ese mismo año, la Escuela de Guerra emitió el manual de guerra contrasubversiva para lidiar con la insurgencia. Este manual estaría vigente hasta fines de los años ochenta (Escuela de Guerra, 1966).

cicios y rutinas militares en barras, sogas y diferentes espacios deportivos. En la descripción de las imágenes se hacía referencia a la construcción de nuevas áreas para la educación física como gimnasios, cuadriláteros de boxeo y, sobre todo, pistas de combate. Más aún, el Ejército podía demostrar la calidad del entrenamiento que recibía la tropa en vistosas maniobras militares en lugares clave para prevenir movilizaciones campesinas como Puno, Cusco, Trujillo y Piura, a las que se invitaba a la población civil. Este tipo de eventos también eran un componente de la acción cívica que se estaba llevando a cabo en el Perú desde inicios de los sesenta.⁴⁰

En el proceso de endurecer física y mentalmente a los militares, muchas veces se produjeron accidentes que hirieron a esos mismos cuerpos que el Ejército estaba entrenando para defender a la patria. Por ejemplo, en las maniobras de la Operación Ayacucho de 1964, un cadete de cuarto año perdió la mano izquierda debido a la explosión de una granada (Ministerio de Guerra, 1982, p. 49). En la demostración ofrecida por el Batallón de Comandos en la Escuela Militar en 1967, un soldado resultó herido en las pruebas de valor. Debido a la explosión de una granada, sufrió quemaduras en el cuello y rostro («Escuela de comandos del Perú ya es famosa en el continente», 1967).

Fue durante los años setenta, en pleno gobierno militar, que diferentes variantes del curso de comandos fueron integradas a la currícula de diferentes centros de formación del Ejército. Por ejemplo, el curso reducido de comandos que los oficiales recién graduados debían cumplir fue adaptado para ser integrado al currículo de la Escuela Militar.⁴¹ También se implementó un curso similar para los egresados de la recientemente creada Escuela Técnica del Ejército. Asimismo, se creó el curso de Monitor Comando para el personal de tropa. Sin embargo, todas estas eran versiones menores que solo duraban unas cuantas semanas y que no tenían el nivel de exigencia extrema que el CRC. Durante esos años, la Escuela de Comandos también abrió sus puertas a militares de otros países latinoamericanos. Por tal razón, las promociones del CRC a veces tienen doble

⁴⁰ Al mismo tiempo, se llevaron a cabo varios eventos para promover la cooperación con otros militares de la región a través de olimpiadas y campeonatos militares («Consejo Internacional del Deporte Militar propicia acercamiento deportivo castrense», 1966).

⁴¹ Años más tarde, este curso reducido sería conocido como el curso Lince (Ministerio de Guerra, 1982, p. 92).

numeración, el primer número romano representa al curso regular mientras que el segundo hace referencia al curso internacional.⁴²

Aspectos comunes a todas las versiones de los cursos impartidos desde la ECE fueron las pruebas de valor y la exacerbación de la retórica de la violencia. Una nota aparecida en una página de infantería del Ejército argentino en donde se resaltaba el carácter rudo del héroe argentino Mario Antonio «Perro» Cisnero evidencia la normalización de las prácticas violentas al interior de la Escuela de Comandos. Cisnero hizo el CRC en 1979 y pereció en la Batalla del Monte Dos Hermanas en las Malvinas el 12 de junio de 1982. La nota decía que

En 1979 fue enviado al Perú para hacer el curso de comandos. Su carácter no pasó desapercibido. En una oportunidad se quejó de la pésima calidad de la comida, para escarmentarlo sus superiores lo citaron cerca de un tanque cisterna donde había unos perros cimarrones atados. Uno de los suboficiales había matado uno de ellos y le había sacado el corazón. Le ordenó a Cisnero comerlo crudo, cosa que el entonces ya sargento ya dudó en hacer (Miranda, 2020).

Durante los setenta el ideal de masculinidad militar que se centraba en la fortaleza extrema del cuerpo, y la normalización de la violencia estuvo contenida porque aunque el Perú vivía bajo una dictadura militar, el país vivía en una situación de paz relativa. La retórica de aniquilamiento del enemigo no contaba con un «otro» sobre el cual ejercer esa violencia desmedida. Sin embargo, cuando el país regresó a la democracia y Sendero Luminoso inició su lucha armada, esta manera feroz de ser militar se haría predominante en las zonas de emergencia.

LOS COMANDOS VAN A LA GUERRA

La guerra que se luchó en el Perú durante las décadas de 1980 y 1990 fue una guerra irregular, una guerra fratricida y, sobre todo, una guerra de patrullas. Los principales protagonistas en el ámbito militar fueron hombres jóvenes de estratos socioeconómicos bajos, liderados por oficiales muy jóvenes también. El exmilitar Claudio Montoya Marallano (2008) señala que fue una guerra de tenientes y capitanes pues fueron estos quienes tuvieron bajo su responsabilidad

⁴² En 1976, la Escuela de Comandos fue reubicada del Fuerte Rímac, en donde se había gestado, a la División Aerotransportada (DAT) en el distrito de Chorrillos, donde también se encontraba al Escuela de Paracaidistas («Comandos. Formación de la Fuerza de Elite del Ejército del Perú», 1998).

el entrenamiento de miles de jóvenes que estaban cumpliendo el servicio militar, quienes apenas estaban saliendo de la adolescencia y que muy probablemente fueron llevados a los cuarteles a través del reclutamiento forzado.

Cuando la guerra empezó en 1980, las Fuerzas Armadas manejaban como hipótesis de conflicto la posibilidad de una lucha contra un enemigo regular, un enemigo externo como Chile o Ecuador.⁴³ De acuerdo con el Informe Final de la CVR, las experiencias de los años sesenta y la instrucción de la Escuela de las Américas en guerra no convencional determinaron la estrategia antisubversiva de las FF. AA. peruanas a inicios de los años ochenta (2003, p. 251). La preparación contrasubversiva de las FF. AA. se centraba en un tipo de guerrilla foquista, como había ocurrido en 1965, en donde los batallones contrasubversivos entrenados por los comandos habían sido bastante efectivos. Durante el gobierno del general Morales Bermúdez «la única actividad militar dirigida a la hipótesis de subversión fue la formación de una unidad contrasubversiva dentro de cada división de infantería, que se hizo con los manuales y experiencia de los años sesenta» (CVR, 2003, p. 251), y las guerrillas maoístas no eran prioridad para los militares.

Cuando el Estado peruano decidió enviar a los militares a Ayacucho en diciembre de 1982, el Ejército se encontraba optimista acerca de sus propias capacidades operativas. Oficiales y suboficiales pensaban que, así como en el caso de las guerrillas de 1965 y el conflicto del Ecuador de 1981, el Ejército peruano sería capaz de derrotar a Sendero Luminoso en tan solo unos meses. Tenían la expectativa de que los comandos jugarían un papel crucial. Por esa razón, la preparación de los comandos a los que Gorriti había entrevistado en diciembre de 1982 había sido tan intensa.

El texto *En honor a la verdad*, la versión oficial del Ejército sobre su participación en el conflicto armado, señala que, en un inicio, el Ejército le encargó la solución únicamente a los comandos (Ejército del Perú, 2010, p. 246). El informe dice que casi todos los oficiales egresados del CRC fueron enviados a Ayacucho o a las unidades de la 2da División de Infantería, ubicada en Huancayo, al punto que «el único Batallón de Comandos que existía en ese tiempo, el BC No. 19, se quedó sin oficiales» (p. 322). Ese era el batallón que décadas antes había liderado Gonzalo Briceño. El texto agrega que habitualmente los comandos fueron nombrados jefes de las compañías contrasubversivas de sus batallones y que «paulatinamente, unidades de infantería o de infantería paracaidista se

⁴³ De hecho, en enero de 1981 se produjo un conflicto con el Ecuador en la zona de Falso Paquisha.

fueron convirtiendo en batallones de comandos» (p. 322). Asimismo, «muchos batallones trataron de imitarlos o equiparse a la usanza de los comandos» (p. 323). Este hecho se hace evidente al examinar las insignias de las diferentes compañías contrasubversivas que se crearon en las zonas de emergencia durante el conflicto. Casi todas tienen la imagen del inca Pachacútec y llevan la inscripción «Ser y No Parecer». La imagen de Pachacútec se plasmó en los estandartes de las unidades, las camisetas negras y también en la estructura física de las bases.

De acuerdo con *En honor a la verdad*, la compañía Lince, una compañía especial de comandos, conformada por personal del BIC No. 19 y del BIP No. 39 que había sido movilizado desde Lima, fue el modelo a establecerse en otras divisiones (brigadas) del Ejército. Su misión principal era actuar como una Fuerza de Intervención Rápida (FIR), «acudiendo en el menor tiempo posible en auxilio de algún cuerpo militar bajo ataque terrorista» (Ejército del Perú, 2010, p. 67). La primera compañía Lince se asentó en el cuartel Los Cabitos en Huamanga e inicialmente estuvo formada por 50 hombres que «recibieron una instrucción muy intensa». Como se deseaba que existiera gran cohesión entre oficiales y tropa, cada jefe de patrulla dormía con sus soldados (p. 67). La primera misión registrada de los Lince fue el 28 de setiembre de 1984, en Canayre, cuando entró en combate con una columna senderista (Freyre, 2015). De acuerdo con *En honor a la verdad*, el buen desempeño de los Lince motivó a que «las demás divisiones imitaran su ejemplo y crearan las suyas» (p. 322).

Una manera indirecta de acceder a las memorias sobre la experiencia de los veteranos en las compañías Lince es a través de las páginas de Facebook que honran a los comandos y a las fuerzas especiales. En estos espacios virtuales varios licenciados exmiembros de las compañías Lince comparten fotos o sus bitácoras personales. En las imágenes se observa a jóvenes vistiendo polos negros con la imagen de Pachacútec, de pie, posando con sus armas en el patio de honor de la compañía Lince en el cuartel Los Cabitos en Huamanga (Compañía Especial de Reserva Comando – Pachacútec, 2023; «Cia Lince ¡Presente!», 2013). En varias fotos, probablemente tomadas a fines de los ochenta, se observan las paredes del patio de honor de los Lince y se lee la inscripción «Lince hasta el fin», el credo de los comandos, el código de honor, así como la plegaria del Lince.⁴⁴

⁴⁴ Acá es importante señalar la diferencia entre la compañía Lince y el curso Lince. Las compañías Lince surgieron a recomendación de uno de los oficiales comandos que estaba en Ayacucho quien sugirió al general Noel la creación «de una fuerza altamente móvil» y se le puso «Lince» porque uno de los oficiales fundadores había hecho un curso de artillería en Rusia con ese nombre. El curso Lince, en cambio, era la nueva versión del curso reducido de comandos.

Una publicación sobre la compañía Lince aparecida el 25 de setiembre de 2019 en la página *Comandos y Fuerzas Especiales*, mostraba la foto de un grupo de jóvenes soldados en la sierra del Perú completamente apertrechados. La publicación, que decía «C.E.C. LINCE, los hombres de la guerra en el Ejército peruano» generó 1399 me gusta, 91 comentarios, y fue compartida 176 veces (By: Bravo, 2019). Las respuestas más escuetas simplemente decían «Ser y No Parecer». Otros comentarios agregaban información acerca de las diferentes formas en que la pertenencia a la patrulla es recordada desde el presente. Otros usuarios se sintieron motivados a publicar sus propias fotos y compartir sus recuerdos sobre los años del conflicto. Estas imágenes a color muestran adolescentes de piel oscura, posando orgullosos en uniforme verde olivo y usando boinas negras. Con sus rifles y un aire marcial parecieran sentirse invencibles.

En los comentarios de los ex-Lince, se reconstruye de manera fragmentada la trayectoria de violencia de las unidades contrasubversivas enviadas a las zonas de emergencia. Por ejemplo, un usuario identificado como Huguito Ivan Cardenas Carrillo dijo:

Matar El primer grupo Lince lo creo el general Clemente Noel el año 83 y fue un grupo selecto salió de los comandos y parachutes, su lema era matar.

Durante los años del conflicto armado se estableció para todos los estamentos del Ejército y preparó a reclutas, cadetes, oficiales y suboficiales

en armas individuales, tiro selectivo instintivo, uso colectivo de armas [...] tratamiento médico básico, operaciones de radio básicas, nado de combate, patrulla de pases de agua, procedimientos para intervenir en operaciones contrasubversivas, organización de patrulla y operaciones contrasubversivas, y técnicas de emboscada y contra emboscada (Concha Loayza, 2014, p. 10). El curso Lince también se nutrió del entrenamiento adicional que recibieron los comandos desde mediados de los ochenta. A medida que se expandía el conflicto, los comandos recibieron entrenamiento contraterrorista del Ejército israelí. Esto ocurrió en 1985 durante el XXIV CRC. Ese año, el entrenamiento de los comandos se llamó Curso Especial de Comandos Antiterror. Los comandos fueron entrenados por instructores israelitas, de quienes aprendieron «nuevas técnicas y procedimientos para el combate en inmuebles contra el terrorismo» y en donde recibieron entrenamiento en «tiro instintivo selectivo, dominación de inmuebles, vehículos y aviones, el rescate de rehenes, combate en localidades». Los mejores oficiales de esa cohorte se quedaron como instructores de la ECE y formaron cinco promociones con este nuevo entrenamiento. El oficial comando e instructor Bombilla Mazuelos dice que

Fuimos empeñosos y tenaces en lo que sabíamos y exageradamente agresivos [mi subrayado] y constantes en lo que enseñábamos [...]. Gracias a la visión de los directores, subdirectores y jefes de instrucción de la época logramos difundir en todo nuestro ejército [mi subrayado] las nuevas técnicas y conocimientos para el combate [aprendidos de los israelíes] (2010).

Como se afirma en esta cita, el entrenamiento contrasubversivo recibido por los comandos se convirtió en uno de los principales elementos de la cultura militar del Ejército durante el conflicto armado.

Matar. Que yo sepa todos o casi todos han muerto ya....yo estuve el 84 x esos lares....Ayahuancó cerca de la base los cabitos en Ayacucho....alguien puede agregar algo a esto? (By: Bravo, 2019).

Este usuario reconoce un hecho mencionado por *En honor a la verdad*, que la base de las compañías Lince provino de los batallones de comandos y paracaidistas, que a inicios de los años ochenta representaban la élite del Ejército. Al mismo tiempo, el usuario reconoce el propósito mortal de la compañía Lince, cuyo mandato era «matar». Este veterano también indaga por la suerte de los otros varones de su compañía y expresa su inquietud al no saber qué fue de la vida de aquellos que compartieron con él parte de esa misma experiencia de vida y violencia. La foto de perfil de este usuario lo muestra joven y vistiendo uniforme, durante sus años del servicio militar. Es probable que, aunque su experiencia en el Ejército haya sido de solo dos años, esta haya sido determinante para su subjetividad del presente.

Como respuesta a esa misma publicación, el usuario Daniel Rodriguez escribió «Lince lince hasta el fin. Lince nunca olvides que en las grandes alturas de los riscos seas tu mi compañía» (By: Bravo, 2019). Este comentario hace referencia a la promesa de honor de los comandos, que luego fue convertida en «el brindis» de los comandos. Durante los años de la lucha contra la subversión, el brindis de los comandos fue transferido hacia las compañías Lince. La estrofa original del brindis dice

Porque en las alturas de los grandes riscos/
Seas tú mi brazo salvador/
Porque en las profundidades oscuras de los mares/
Seas tú mi compañía/
(«Promesa de Honor - Código De Honor...», 2016).

Es probable que, debido al paso del tiempo, el licenciado no haya recordado bien las estrofas y las haya confundido, pero también es posible que una vez en las zonas de emergencia, la cadencia haya sido adaptada a la situación de cada compañía. En todo caso, «las grandes alturas de los riscos» tiene mucho sentido si consideramos los inhóspitos parajes en los que algunas bases contrasubversivas estaban ubicadas. Por ejemplo, la base de Razuhillca (Huanta), hoy abandonada, estaba a 4500 msnm. En estos comentarios compartidos en las redes sociales, se intuye el impacto que la pertenencia a la compañía Lince habría tenido en aquellos jóvenes que hicieron el servicio militar durante el conflicto armado.

En los testimonios recogidos por Boesten y Gavilán (2023), también se observan algunas de las formas en que los jóvenes que cumplían el servicio militar en las zonas de emergencia fueron expuestos a la cultura de los Lince. Por ejemplo, el veterano cuyo alias era Tanke había sido chofer en la compañía Lince en el cuartel Los Cabitos en Ayacucho. Él reconocía que dentro del cuartel «había un odio tremendo» (p. 129) y que este sentimiento se expresaba en los cantos. Durante los ejercicios, los Lince cantaban «quiero bañarme en una piscina llena de sangre, sangre terruca» (p. 129). El veterano apodado Puquiano afirma que cuando salían de patrulla decían «para el terruco la muerte, para el Perú la gloria» (p. 159). El espacio de la base militar también tenía marcadores físicos que deshumanizaban al senderista. Por ejemplo, el veterano Roca rememoraba su sorpresa al llegar al cuartel de Pampas y ver un inmenso cerro al frente del cuartel que tenía escrita en letras gigantes la frase «muerte al terruco» (p. 32). Roca también recordaba el asombro que sintió al ver los instrumentos para trabajar sobre los cuerpos de los nuevos reclutas: la pista de combate, sogas y el salto del tigre. Roca también mencionaba el entrenamiento degollando perros. En la puerta del cuartel, recordaba haber visto una imagen de Pachacútec y una calavera. La imagen símbolo de los comandos, que se había originado en los años sesenta como una forma de reafirmar la «peruanidad» de la escuela de rangers, se esparció por las zonas de emergencia como un artefacto cuasipacificador. Pachacútec llegaba a las zonas de emergencia a poner orden, a excluir y a reprimir con terror.

Durante la guerra, un tipo de masculinidad y prácticas militares que habían estado restringidas solo a algunas unidades especiales, a un grupo reducido de oficiales y suboficiales, empezó a convertirse en predominante en el Ejército. Este modelo militar agresivo había sido promovido por los comandos, transmitido en las zonas de emergencia a las compañías Lince, y luego esparcido a amplios sectores de la tropa cumpliendo el servicio militar. Por ejemplo, en *Memorias de un soldado desconocido*, Lurgio Gavilán (2012) narra cómo él se convirtió en monitor, en líder instructor, en una tarde que nunca olvidaría. Los monitores habían estado corriendo a través de las calles de Huanta, sin camisa, solo con pantalón y borceguíes, con los rifles en el pecho, iban cantando que ellos —los monitores— no tenían miedo porque eran hombres valerosos. Gavilán dice que luego se fueron al camal y se bañaron entre la hediondez de los animales sacrificados. Se bañaron en el agua fría de una acequia cercana, mataron tres perros y se embarraron con su sangre. En otra ocasión, tenían que rugir como animales. Matar perros, embarrarse el cuerpo con sangre, rugir como animales, eran pruebas de valor que se introdujeron en el Ejército por primera vez con los comandos en los

años sesenta. Estas «repeticiones ritualizadas» (Butler, 1990) dieron forma a una manera de ser militar profundamente violenta que no pudo ser contenida en las zonas de emergencia porque la creación de bases contrasubversivas descentralizó el mando. Según *En honor a la verdad*, la descentralización del mando implicó la carencia de un control central más efectivo. Los oficiales que eran jefes de bases se convirtieron en los jefes político-militares de una zona y tuvieron mucha autonomía (Ejército del Perú, 2010, p. 289).

Entonces, al igual que en Guatemala, en el Perú se produjo la dispersión de las prácticas de violencia asociadas con las fuerzas especiales, un fenómeno que Manolo Vela (2014) denomina la «kaibilización» del Ejército. En el Perú, se habría producido la «comandización» del Ejército, hecho que se tradujo no solo en la expansión de las prácticas de violencia de las fuerzas especiales sino también a través de la expansión de la iconografía y el aura gloriosa de la Escuela de Comandos, que originalmente había estado circunscrita a un grupo reducido, que se consideraba y era considerado «de élite». Los jóvenes que fueron levados y llevados a los cuarteles a la fuerza no solo aprendieron lo básico de la cultura militar del Ejército, sino también estuvieron expuestos, en un contexto de guerra, a una retórica y prácticas en las que se normalizaba la destrucción y el aniquilamiento del otro, del enemigo interno.

A pesar de haber sido violentados en el cuartel, los varones que cumplían el servicio militar habían podido tener acceso, al menos de manera marginal, a elementos de la masculinidad y del prestigio asociados con los comandos. Ellos usaban fusiles, vestían boinas y camisetas negras, saltaban de helicópteros, si eran Linceos vestían el rostro de Pachacútec, salían de patrulla, caminaban como *flaneurs* andinos por los distintos senderos del Perú, reconociendo como próxima la geografía accidentada del país, a miles de kilómetros de sus lugares de origen y, sobre todo, tenían un grado, ya que muchos eran cabos o sargentos. En la estructura piramidal del cuartel, un cabo o un sargento podía tener poder sobre los recién llegados. Cuando el servicio militar terminó, se quedaron en el aire. A diferencia de un oficial de carrera, que cumple un promedio de 25 a 30 años en la institución militar, lo que le otorga ciertos privilegios aún en el retiro, los jóvenes que hicieron el servicio militar durante los años del conflicto no tuvieron derecho a nada. No solo perdieron al menos dos años valiosos de sus vidas (si es que no se reengancharon), sino que también perdieron acceso, en un momento en el que todavía estaban forjando sus identidades personales, a los marcadores identitarios militares que habían adquirido a la fuerza en el proceso de convertirse en soldados y a elementos de la masculinidad hegemónica.

En su estudio sobre masculinidades, R. W. Connell señala que «la masculinidad hegemónica no es un tipo de personalidad fija, siempre igual en todas partes. Se trata más bien de la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de las relaciones de género» (2003, p. 116). Por ello, cuando la experiencia del servicio militar terminó, estos jóvenes perdieron acceso a los elementos de poder que les brindaba la masculinidad militar en las zonas de emergencia, y el sentimiento de desarraigado que experimentaron fue tan profundo al ser desmovilizados. Los testimonios recopilados por Boesten y Gavilán (2023) revelan la sensación de desorientación y de pérdida que los veteranos experimentaron cuando los trajeron de regreso de las zonas de emergencia y los dejaron en Lima «botados como perros». Estos jóvenes no solo perdieron la hermandad que habían formado con otros soldados de su misma jerarquía y también con los oficiales de sus unidades, sino que también perdieron el sentimiento de poder al que habían logrado acceder en las zonas de emergencia, especialmente si habrían pertenecido a las unidades de élite.

La historiadora Carla Granados (2021) ha hecho una reconstrucción del número de tropas que fueron movilizadas durante los años del conflicto armado y ha llegado a la conclusión de que alrededor de un millón de jóvenes fueron movilizados para hacer el servicio militar. Si al menos la tercera parte de esos jóvenes fueron enviados a los batallones contrasubversivos, esto quiere decir que un gran número de varones habría estado expuestos a los discursos de una masculinidad militar asociada con los comandos. Algunos de esos jóvenes, quienes de acuerdo a Granados hoy están entre los 37 y 55 años, en ocasiones también perpetrarían actos de violencia contra los civiles. O serían testigos, o habrían escuchado acerca de los «excesos» cometidos por oficiales comando y los soldados de las compañías Lince.

Lo cierto es que algunos oficiales que hicieron el CRC, es decir, que fueron parte de esa pequeña élite de oficiales que habían logrado obtener la preciada chapa de Pachacútec, estuvieron vinculados con violaciones a los derechos humanos. Por ejemplo, en abril de 1983, el capitán Santiago Picón era responsable de la base de Totos. Él había hecho el CRC en 1980 y en 1982 antes de ser enviado a Ayacucho se desempeñaba como instructor en la Escuela de Comandos.⁴⁵ En Totos,

⁴⁵ De acuerdo con el Informe Final de la CVR se produjeron los siguientes hechos: captura, traslado a la base militar, desaparición forzada de personas una vez que llegaban a la base, enterramiento en fosas. Se acusa al capitán Picón de la desaparición de 30 campesinos en Totos y en las comunidades cercanas. Santiago Picón fue capturado el 4 de abril de 2022 («Caso Totos», 2022).

Picón fue responsable de la desaparición de 30 campesinos. En noviembre de 1983, el capitán Jesús Zamudio Aliaga (ZAJ), también conocido como Chacal, y uno de los fundadores de la compañía Lince original, llegó de Huamanga, del cuartel Los Cabitos a Pichari y fue responsable de la desaparición de comuneros de Sivia y Hatunrumi en el cuartel de Pichari. Zamudio había hecho el CRC en 1975. En 1984, el capitán Luis Grados Bailetti, quien se había graduado del CRC en 1974, estuvo involucrado en la matanza perpetrada en Putis.⁴⁶ En agosto de 1985, el subteniente Telmo Hurtado servía en la Compañía Lince de la Segunda División de Infantería en Ayacucho, y estuvo al mando de la patrulla Lince 7. Hurtado supervisó la masacre de Accomarca, su patrulla asesinó a 69 personas. Hurtado no había hecho el CRC pero el oficial a cargo de la patrulla Lince 6, el teniente Juan Rivera Rondón, que también tuvo responsabilidad en la masacre, sí había hecho el CRC en 1984. Más aún, el comandante de la compañía Lince, a la cual Telmo Hurtado y Juan Rivera pertenecían, era el entonces mayor José Daniel Williams Zapata, egresado del CRC en 1976.⁴⁷ El jefe político militar de la zona de emergencia de Ayacucho era el coronel Wilfredo Mori Orzo, uno de los 13 fundadores de la Escuela de Comandos, y quien se había graduado del curso de rangers en Fort Benning en 1961. La presencia de oficiales comandos involucrados directa o indirectamente en algunas de las masacres más atroces del conflicto armado, indicaría un patrón de violencia y aniquilamiento que pasó del discurso a la práctica durante los años ochenta.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La creación de la Escuela de Comandos en 1960 sentó las bases para el desarrollo de una figura hipermasculina dentro del Ejército peruano. Representó un punto de quiebre en los programas de entrenamiento militar llevados en el país hasta esa época, y tuvo mayores implicancias para la historia del Perú durante el conflicto armado interno. Con su alto proceso selectivo, su énfasis en la fortaleza del cuerpo masculino, las prácticas que bordeaban con la tortura y la devoción institucional

⁴⁶ En Putis, el Ejército mató a un total de 123 personas, entre las que se cuentan varios menores de edad. Grados era el jefe de la compañía Lince entre el 1 de enero y el 31 de diciembre de 1984, y el jefe del grupo 3 dedicado a realizar los operativos antisubversivos. Ver Meneses (2022).

⁴⁷ José Williams y Luis Grados Bailetti pertenecen a la promoción 1973 de la Escuela Militar de Chorrillos, «Coronel Manuel Francisco Chocano Soto». Sobre la matanza de Accomarca ver *The Center for Justice and Accountability*.

a Pachacútec, la Escuela de Comandos sembró las semillas de un nuevo tipo de masculinidad militar que no era prevalente en el Ejército del Perú antes de los años sesenta. Elementos de ese entrenamiento militar se esparcieron en el Ejército y en las otras Fuerzas Armadas durante los años sesenta y setenta. Sin embargo, las dimensiones más violentas de ese entrenamiento estaban contenidas pues aunque el Perú vivía bajo una dictadura militar hasta 1980, el país gozaba de un escenario de paz y no existía un enemigo interno plenamente definido contra quien volcar toda esa violencia.

Durante los años del conflicto, esa masculinidad militar feroz empezó a replicarse en el Ejército porque el tipo de guerra que se luchó en las zonas de emergencia fue una guerra de patrullas, de grupos pequeños en los que la velocidad y la maniobrabilidad eran fundamentales. En un inicio, estos grupos fueron liderados por oficiales graduados del CRC, o que habían sido expuestos a la cultura y prácticas de los comandos. A medida que se intensificó el conflicto, aspectos relacionados con las prácticas y la estética de los comandos fueron permeando a largos sectores de la tropa.

La Escuela de Comandos favoreció el desarrollo de otras versiones menores de su curso regular. Este era un modelo atractivo que podía ser accesible a los varones de sectores populares pues les brindaba prestigio individual e institucional. En su investigación sobre el machismo latinoamericano Norma Fuller resalta cómo individuos pertenecientes a grupos subordinados pueden articular discursos en donde se representan como más masculinos que los varones de las élites a quienes califican de débiles o afeminados. Fuller dice que esto demuestra que la masculinidad es un campo móvil sometido a un proceso de redefinición y crítica (2018, p. 120). En un país atravesado por jerarquías de raza y clase en donde las concepciones de blancura se encuentran en la cúspide de la estratificación social, el entrenamiento en las fuerzas especiales otorgaba a los jóvenes precarizados, que muchas veces habían sido secuestrados para cumplir el servicio militar, la posibilidad de acceder a algunos elementos de la masculinidad dominante. Al vestir los uniformes, las camisetas de Pachacútec y llevar los fusiles automáticos, estos jóvenes se sentían poderosos, admirados y temidos. Parte de ese proceso de empoderamiento tendría que ver con el hecho de que más allá del abuso y la violencia, el cuartel funcionaba como el gran desindigenizador del país. Al ser soldados y luchar por la patria, estos jóvenes eran menos indígenas, menos cholos y más masculinos que los «pitucos» costeños que no sabían cómo luchar contra los «terroristas». En *Masculinidades*, Connell dice que «el género es una forma de estructurar la práctica social en general y que se relaciona inevitablemente

con otras estructuras sociales. Lo que tiene fuertes implicaciones para el análisis de la masculinidad» (2003, p. 114). Las masculinidades de los veteranos del conflicto armado se construyeron en relación con los oficiales que lideraban sus unidades (hombres mestizos de clase media) y en oposición a aquellos varones que no hicieron el servicio militar.

A manera de conclusión, deseo señalar algunas razones por las cuales es importante discutir la memoria, iconografía y *performances* de los comandos y de las unidades relacionadas con ellos como las compañías Lince (o la Compañía Especial de Comandos No. 31 Pachacútec, a la que no me he referido en este artículo). Primero, prestar atención a la trayectoria de la Escuela de Comandos, a la estética, ideales y prácticas que se promovieron desde este centro de entrenamiento permite refinar la discusión sobre la participación de los militares durante el conflicto armado interno que afectó al Perú durante las décadas de 1980 y 1990.

Segundo, aproximarnos a la historia de los comandos y de sus herederos permite entender por qué en los años del posconflicto, la iconografía de los comandos, especialmente las boinas negras y la imagen de Pachacútec, han sido reusadas y resignificadas por los excombatientes en sus organizaciones de veteranos y en sus presentaciones públicas como una forma de legitimar sus demandas de reconocimiento al Estado peruano.

La iconografía de los comandos se ha convertido en parte importante del discurso político, visual y performativo de las organizaciones de licenciados. Los excombatientes no solo piden reconocimiento a su contribución a la derrota del terrorismo en el Perú, sino que el lenguaje que usan es militarizado. La historiadora Carla Granados ha prestado atención a cómo los veteranos usan el tipo de retórica sobre la patria y el Estado que aprendieron en los cuarteles, y por ello usan uniformes que recuerdan a las unidades en las que participaron. El hecho de que muchos de estos uniformes tengan imágenes de Pachacútec, y que los veteranos usen vinchas que dicen «comando» (cuando no necesariamente lo sean), indica el impacto que la imagen de las fuerzas especiales tuvo a nivel visual y simbólico en las unidades militares durante los años del conflicto armado.

Tercero, si bien el conflicto armado terminó en la década de 1990, para el Ejército la experiencia de combate aún continúa hoy. Las Fuerzas Armadas están luchando contra el «narcoterrorismo» en el VRAEM y el tipo de lucha en esta zona aún es predominantemente masculina. Las mujeres militares están en la parte administrativa en los cuarteles generales de las grandes unidades en la región, y no forman parte de las patrullas de combate o reconocimiento pues aún no pueden formar parte de las armas «de guerra» como infantería, caballería o

artillería. Esto refuerza la masculinidad de las patrullas y las fuerzas especiales. La noción de continuidad de la lucha del pasado en el presente también se debe a que las unidades militares generalmente no desaparecen. Estas se reciclan, se reconfiguran y continúan combatiendo. Por ejemplo, la heredera de la primera compañía Lince que se creó en Huamanga con 50 hombres que «recibieron una instrucción muy intensa» hoy está en Pichari, se llama Compañía Especial de Comandos «Stte. Hugo Velarde» No. 2. Por ello, la historia de lucha continúa y la genealogía institucional importa. En un artículo publicado en *IDL Reporteros*, el escritor y militar Carlos Freyre dijo, refiriéndose a «la Lince», que «la última misión [de esa compañía] es ahora, en que usted está leyendo este artículo. Los 'Lince' están en estos momentos ascendiendo en secreto por uno de los inmensos y laberínticos cerros que dominan el valle del Apurímac, y que por motivos obvios, no puedo mencionar» (2015).

Cuarto, los comandos tuvieron bajo su responsabilidad la ejecución de una de las operaciones especiales más importantes en la historia militar del país, la Operación Chavín de Huántar (a la que tampoco he hecho mención en este artículo), que llevó a cabo el rescate de los rehenes de la residencia de la embajada del Japón, el 22 de abril de 1997. Esa intervención creó nuevas dimensiones de heroicidad para los comandos y validó su retórica de «superioridad» con respecto a otros soldados de las Fuerzas Armadas. Los dos oficiales que murieron durante la liberación de los rehenes, el teniente coronel Juan Valer y el teniente Raúl Jiménez, fueron declarados héroes nacionales y, hasta cierto punto, sus imágenes opacaron las de otros militares caídos durante la lucha contra la subversión.

Finalmente, es necesario estudiar a los comandos pues la creación y consolidación de estas unidades se produjo en contextos de democracia y fue el Estado peruano quien decidió autorizar la movilización de estos grupos tanto durante los episodios guerrilleros de los sesenta como durante el conflicto armado en los ochenta y noventa. La existencia de los comandos y de sus copias menores nos demuestran que, aunque los Estados nacionales cuentan con el monopolio legítimo de la violencia durante los estados de excepción, las democracias pueden volverse complacientes y se pueden comportar como perpetradoras cuando posibilitan escenarios en los que las fuerzas del orden tienen carta blanca ejercer violencia contra sus ciudadanos.

REFERENCIAS

- Alliance for Progress. (15 de diciembre de 2021). *John F. Kennedy Presidential Library and Museum*. <http://www.jfklibrary.org/JFK/JFK-in-History/Alliance-for-Progress.aspx>
- Álvarez Portocarrero, M. (2010). Evolución de los comandos del Perú a través de la historia. *Boletín del Comando*, 9(34).
- Asociación de Comandos del Perú — ASCOMPE. (2010). Origen y evolución de la Escuela de Comandos del Ejército. *Libro de Acero*, pp. 48-82.
- Ayala, H., & Zúñiga, A. (2015). Entre el recuerdo y el olvido: memoria de infantes de la Marina de Guerra del Perú sobre su participación en el conflicto armado interno. En *II Concurso Nacional de Investigación en Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario. Compilación de textos ganadores* (pp. 9-41). IDEHPUCP. <https://idehpucp.pucp.edu.pe/publicaciones/ii-concurso-nacional-de-investigacion-en-derechos-humanos-y-derecho-internacional-humanitario-compilacion-de-textos-ganadores/>
- Boesten, J., & Gavilán, L. (2023). *Perros y promos. Memoria, violencia y afecto en el Perú posconflicto*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Bombilla Mazuelos, M. (2010). Origen y evolución de la ECE. *Boletín del Comando*, 9(34), pp. 24-25.
- Briscoe, C. (2006). Colombian Lancero School Roots. *Veritas*, 2(4), 30-37. https://arsof-history.org/articles/v2n4_lancero_page_1.html
- Burgos-Luna, I. (2018). *Reflexiones para entender el caso Chavín de Huántar ante la CORTEIDH* [Tesis de grado, Universidad de Piura].
- Butler, J. (1990). *El género en disputa*. Paidós.
- By: Bravo. (17 de agosto de 2016). Credo del Comando [Publicación de estado]. Facebook. <https://www.facebook.com/338842462939233/posts/669396759883800/>
- By: Bravo. (25 de setiembre de 2019). C.E.C. LINCE, los hombres de la Guerra en el Ejercito Peruano [Publicación de estado]. Facebook. https://www.facebook.com/338842462939233/photos/cec-lince-los-hombres-de-la-guerra-en-el-ejercito-peruano/1395733390583463/?locale=es_LA
- «Carta de Mesa Pelada». (31 de enero de 1966). *Actualidad Militar*, 5(88), p. 2.
- «Caso Totos». (12 de junio de 2022). *Noticias Ser*.
- «CIA LINCE ¡PRESENTE!». (10 de octubre de 2013). *Reserva Activa FFEE* [Blog]. <https://reservaactivaayacucho.blogspot.com/2013/10/cia-lince-presente.html>

- «Comandos. Formación de la Fuerza de Élite del Ejército del Perú». (1998). *Actualidad Militar*, 36(392), enero-febrero.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003). *Informe Final* (Tomo 1: Los actores armados). CVR. <https://www.cverdad.org.pe/ifinal/>
- Compañía Especial de Reserva Comando – Pachacute. (24 de julio de 2023). [Publicación de estado]. Facebook. <https://www.facebook.com/photo/?fbid=272507902086620&set=a.159427320061346>
- Concha Loaiza, E. (2014). An Analysis of the Doctrinal Changes that the Peruvian Army Implemented Fighting Counterinsurgency Operations Against the Sendero Luminoso Insurgency since 2001 [Tesis de maestría, Fort Leavenworth]. <https://apps.dtic.mil/sti/pdfs/ADA611561.pdf>
- Congreso de la República. (20 de junio de 1996). *Ley N° 26628, Ley de Acceso de las mujeres a las Escuelas de Oficiales y de Suboficiales de las Fuerzas Armadas*. <https://www.leyes.congreso.gob.pe/documentos/Leyes/26628.pdf>
- Connell, R. W. (2003). *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- «Consejo Internacional del Deporte Militar propicia acercamiento deportivo castrense». (1966). *Actualidad Militar*, 5(94-95), 1966.
- «Curso de Guerra Contrasubversiva en la Escuela de Comandos». (15 de mayo de 1963), *Actualidad Militar*.
- «Demostración militar en Conchán». (1960). *Revista Militar del Perú*, 56(661), 170-171.
- «Descripción del escudo de comandos». (4 de agosto de 2010). *Comandito 39* [Blog]. <http://comandito-39.blogspot.com/2010/08/comando-camilo.html>
- «Ecos de la visita del general Theodore Bogart». (30 de setiembre de 1963). *Actualidad Militar*, 2(34), p. 3.
- Ejército del Perú. (2010). *En honor a la verdad: versión del Ejército sobre su participación en la defensa del sistema democrático contra las organizaciones terroristas*. Gráfica Cánepa.
- «¿El coronel Briceño a La Convención?». (1 de febrero de 1963). *Expreso*. «El ‘ranger’ que volvió a la vida». (28 de julio de 1963). *Expreso*.
- «Entrevista al comando José Graham Ayllón» (2010). *Boletín del Comando*, 9(32), p. 74.
- «En la Escuela de Comandos. Clausura del Curso de Guerra Contrasubversiva». (30 de junio de 1963). *Actualidad Militar*.
- Escuela de Comandos del Ejército. (16 de marzo de 2020). La ECE Celebra el Natalicio de Nuestro Fundador el Gral Div Gonzalo Briceño Zevallos [Publicación

- de estado]. Facebook. <https://www.facebook.com/640327502764215/photos/la-ece-celebra-el-natalicio-de-nuestro-fundador-el-gral-div-gonzalo-brice%C3%B1o-zeva/1748825501914404/>
- «Escuela de comandos del Perú ya es famosa en el continente». (3 de marzo de 1967). *El Comercio*.
- Escuela de Comandos «Ser y No Parecer». (22 de julio de 2015). El chuncho guerrero [Publicación de estado]. Facebook. <https://www.facebook.com/photo/?fbid=850885818328246&set=pb.100063482186773.-2207520000>
- Escuela de Guerra. (1966). *Manual de Contrasubversión*. Imprenta del Ministerio de Guerra.
- Espinoza Laborieé, G. (2010). Simbología de los Comandos. *Boletín del Comando*, 9(32), p. 22.
- Estado Mayor General del Ejército. (2021). *Avances de la incorporación de la mujer en el Ejército*. Dirección de Personal del Ejército.
- «Escuela Militar de Chorrillos inaugura pista de combate». (31 de julio de 1966). *Actualidad Militar*, 5(99-100), p. 14.
- Finlayson, K. (2008). The 2nd Ranger Battalion and the Capture of Che Guevara. *Veritas*, 4(4). https://arsof-history.org/articles/v4n4_capture_of_che_page_1.html
- Finlayson, K. (2010). Rebirth of the Rangers. *Veritas*, 6(2), 2-4. https://arsof-history.org/articles/v6n2_rebirth_of_rangers_page_1.html
- Freyre, C. (2011). *Desde el valle de las esmeraldas*. Debolsillo.
- Freyre, C. E. (2015). Que venga la «Lince». *IDL Reporteros*. <https://www.idl-reporteros.pe/que-venga-la-lince/>
- Friberg, J. (9 de julio de 2016). History of the 8th Special Forces Group. *SOFREP*. <https://sofrep.com/news/8th-special-forces/>
- Fuller, N. (2018). *Difícil ser hombre: Nuevas masculinidades latinoamericanas*. Fondo Editorial PUCP. <https://repositorio.pucp.edu.pe/bitstreams/b247870f-415d-4f83-bd5c-1c9efe9ed5b2/download>
- Gavilán, L. (2012). *Memorias de un soldado desconocido*. Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Iberoamericana.
- Gill, L. (2004). *The School of the Americas: Military Training and Political Violence in the Americas*. Duke University Press.
- Gorriti, G. (10 de enero de 1983). Explosivo Arrojo. Informe Especial. *Caretas*, (730), p. 26.

- Gorritti, G. (23 de agosto de 2012). La deuda del soldado. *IDL Reporteros*. <https://www.idl-reporteros.pe/columna-de-reporteros-94/>
- Granados Moya, C. (2021). De la «guerra contraterrorista» al Congreso: el activismo político de los militares excombatientes en el Perú posconflicto. En R. Bedoya Forno, D. Delacroix, V. Robin Azevedo & T. Romero Barrios (Eds.), *La violencia que no cesa. Huellas y persistencias del conflicto armado en el Perú contemporáneo* (200-218). Punto Cardinal.
- Gurmendi Dunkelberg, A. (2013). Lucha contrasubversiva en el Perú: ¿conflicto armado o delincuencia terrorista? *THEMIS Revista De Derecho*, (63), 109-129. <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/themis/article/view/8993>
- Hidalgo Morey, T. (2001). El Ejército Actual y la Defensa Nacional. En *Compendio de Historia General del Ejército* (pp. 317-368). Comisión Permanente de Historia del Ejército. https://www.anlivepa.org/resol_pdf/compendio-de-la-historia-general-del-ejercito.pdf
- «Historia». (2010). *Boletín del Comando*, 9(34), p. 56.
- Hobsbawm, E. J., & Ranger, T. (2002). *La invención de la tradición*. Ed. Crítica.
- Hurtado, L. (2017). Velasco, retórica nacionalista y cultura militar en el Perú de la Guerra Fría. En C. Aguirre & P. Drinot (Eds.), *La revolución peculiar. Repensando el gobierno militar de Velasco* (pp. 231-262). Instituto de Estudios Peruanos.
- «La Escuela Militar de Chorrillos». (15 de enero de 1966). *Actualidad Militar*, 5(87), p. 31.
- «Los 20 militares más destacados del siglo XX». (2021). *Comando en Acción*, p. 22.
- Martínez Garay, H. (2015). *Héroes y villanos: la deconstrucción del discurso militar en Desde el valle de las esmeraldas de Carlos Freyre* [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. <https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/20.500.12404/6265>
- Meneses, A. (12 de octubre de 2022). Las pruebas de la matanza de Putis contra el nuevo jefe de seguridad del congreso. *Wayka*. <https://wayka.pe/las-pruebas-de-la-matanza-de-putis-contra-el-nuevo-jefe-de-seguridad-del-congreso/>
- Milton, C. (2018). *Conflicted Memory: Military Cultural Interventions and the Human Rights Era in Peru*. University of Wisconsin Press.
- Ministerio de Guerra. (1982). *Historia de la Escuela Militar* (Vol. 2). Ministerio de Guerra.
- Miranda, S. (4 de agosto de 2020). Cómo la educación en valores forja soldados. El ejemplo del sargento Mario Antonio Cisnero. *Infantería*. <https://www.infanteria.com.ar/como-la-educacion-en-valores-forja-soldados/>

- Montoya Marallano, C. (2008). *La guerra de los tenientes. Memorias de la guerra con Sendero Luminoso* (Orig. *El pecado de Den Xiaoping*). Editorial Lulu.com.
- Morales, C. E. (2010). Prolegómenos de los comandos del Perú. *Boletín del Comando*, 9(34), p. 12.
- Mori Orzo, W. (2010). Guerrillas en la sierra central y sierra sur. Año 1965. *Boletín del Comando*, 9(32), p. 34.
- «Perpetrador Telmo Hurtado Hurtado». (s. f.). *The Center for Justice and Accountability*. <https://cja.org/espanol-9/casos-3/peru-el-caso-hurtado-3/perpetrador-telmo-hurtado-hurtado-2/>
- «Peru's Commando School». (1 de octubre de 2011). *Diálogo Américas*. <https://dialogo-americas.com/articles/perus-commando-school/>
- «Portada». (31 de agosto de 1965). *Actualidad Militar*, 5(78).
- «Promesa de Honor – Código De Honor – CREDO DEL COMANDO BC 19 Fuerzas Especiales EP». (14 de setiembre de 2016). *Ejercito Mil Perú* [Blog]. <http://ejercitomilperu.blogspot.com/2016/09/promesa-de-honor-credo-del-comando-bc.html>
- Rostica, J., & Sala, L. (2021). La guerra fría en América Latina y los estudios transnacionales. Introducción. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, (111), <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i111.2029>
- Segura, G. A. (2019). *Memorias de un comando*. Hojas de Cartón. Servicios y Promoción de Cultura y Educación.
- Spencer, J. (4 de diciembre de 2016). The Challenges of Ranger School and How to Overcome Them. *Modern War Institute at West Point*. <https://mwi.westpoint.edu/challenge-ranger-school-can/>
- Talbott, J. (1978). Review: GUERRILLA WARFARE. Reviewed Work: Guerrilla: A Historical and Critical Study by Walter Laqueur. *The Virginia Quarterly Review*, 54(2), 351-355. <https://www.jstor.org/stable/26436350>
- Toche Medrano, E. (2008). *Guerra y democracia: los militares peruanos y la construcción nacional*. DESCO/CLACSO.
- «Un día con los rangers». (1966). *Actualidad Militar*, 5(89).
- Vela, M. E. (2014). *Los pelotones de la muerte. La construcción de los perpetradores del genocidio Guatemalteco*. El Colegio de México.
- Velarde, H. (12 de junio de 1966). El ranger Briceño. *Estampa, Revista de Expreso*.
- Wagner, L. (2015). 2 Women Are Graduating from Army Ranger School. What Does It Mean. *NPR*. <https://www.npr.org/sections/thetwo-way/2015/08/18/432763326/two-women-are-graduating-from-army-ranger-school-what-does-it-mean>